
HARLEQUIN
Jazmín
CORAZÓN DE MADRE
MELISSA JAMES

Melissa James

Corazón de madre

11º Serie Multiautor De corazón a corazón

--

Título Original: A Mother in a Million (2007)
Editado: 13-02-2008
Reeditado: 11-10-2018
Serie: 11º Multiautor De corazón a corazón
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2177
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Noah Brannigan y Jennifer March

Argumento

¿La amaba realmente… o sólo buscaba una madre para sus hijos?

Jennifer sentía una enorme compasión por su vecino Noah y sus tres pequeños. La madre de los niños había desaparecido hacía ya algunos años y para el joven padre cada día era una dura lucha. Lo único que Jennifer podía hacer era intentar llenar de amor y risas su complicada vida y, cuando por fin se descubriera la verdad, ayudarlos a superar la terrible pérdida.

Jennifer y Noah llevaban mucho tiempo negando la atracción que sentían el uno por el otro, pero de pronto Noah le pidió que se casara con él…

Capítulo 1

Hinchliff, Nueva Gales del Sur, Australia

—¡Noooo! ¡Timmy, eres malo! ¡Devuélvemela!

—¡Oblígame!

—¡Se lo voy a decir a papá!

—¡Chívate, llorón! —replicó el otro niño—. Ya verás cómo le da igual. ¡No te hará ni caso!

Jennifer March suspiró, soltando la manta que estaba tejiendo. Los niños que vivían en la casa de al lado estaban discutiendo otra vez. Se habían mudado allí siete días antes y, desde entonces, lo único que oía eran gritos y peleas. Había decidido ir a saludarlos un par de veces... pero se había vuelto a casa al oír las voces.

Como vivían en un pueblo pequeño, ya debería saberlo todo sobre esa nueva familia. Pero con los chismorreos que ella había tenido que soportar en el pasado, prefería esperar a que ellos fueran a saludarla.

Por el momento, había esperado en vano. A lo mejor no eran la clase de personas que iban a presentarse a su única vecina, pero los niños no eran nada discretos. La valla que separaba las dos casas parecía ser su sitio favorito para... en fin, solucionar sus diferencias. Y a ella no le apetecía oír peleas todos los días.

«Sí, bueno, pero al final irás a hablar con ellos», le dijo una vocecita resignada. Sonaba como la de Mark antes de marcharse. Casi podía imaginarla ahora:

«No puedo creer que hayas aguantado siete días sin ir allí para ofrecer tu ayuda. Pollyanna al ataque, como siempre. Ve a arreglar la vida de los demás... ¿no es para eso para lo que viniste aquí, para solucionar la vida de tu tío Joe tras la muerte de su mujer?».

Estaba harta de luchar contra fantasmas, pensó Jennifer, suspirando.

Mark podía pensar lo que quisiera... lo había hecho, de todas formas. Sí, había ido a Hinchliff para hacerle compañía a su tío Joe tras la muerte de su tía Jean, pero también para escapar. Escapar de la compasión, de sus hermanas, todas rodeadas de hijos...

—¡Papá sí me hará caso! —gritó el niño, con la voz temblando de emoción. Debía de tener unos tres años, la misma edad de Cody.

Podrían haber jugado juntos, aunque Cody ahora tendría cinco años...

Como siempre que pensaba en su hijo, se le hizo un nudo en la garganta y sus ojos se llenaban de lágrimas, pero respiró profundamente intentando calmarse. Estaba harta de llorar. Echaría de menos a Cody hasta el día de su muerte, pero tenía que seguir

adelante…

—Sí, Rowdy, papá te hará caso —una voz masculina, seria y cansada, interrumpió los tristes pensamientos de Jennifer—. Timothy Brannigan, me avergüenzo de ti —siguió el hombre—. Metiéndote con un niño de tres años… Te pedí que cuidaras de tu hermano pequeño durante media hora y… ¿por qué le has quitado su mantita?

Sin darse cuenta, Jennifer se había acercado a la ventana para observar la escena. No debería, pero en el pueblo había pocas distracciones. Dos canales de televisión y eso sólo cuando el viento soplaba en la dirección adecuada o no llovía. Y en las dos únicas emisoras de radio ponían música country o hablaban de política local.

Sí, aquél era un pueblo en el que las cosas iban de dos en dos. Dos de todo, ni más ni menos.

Como aquellas dos casas en la colina, mirando al mar. Casas gemelas, un poco viejas, un poco destartaladas, cada una con cinco acres de terreno a quinientos metros del mar y a tres kilómetros del pueblo; suficientemente aisladas como para vivir tranquilos y suficientemente bonitas como para alegrar el espíritu.

—¡No se la he quitado! Se la estaba metiendo en la boca y eso es asqueroso, papá. Está sucia. Mira…

El hombre, alto y de pelo castaño, un pelo precioso con reflejos rubios, aunque un poco despeinado, puso la mano sobre el hombro del niño.

—Puede que a ti te parezca asqueroso, Tim, pero Rowdy es muy pequeño. Devuélvesela. La lavaré mañana —dijo, tomando la mantita—. Sí, bueno, la verdad es que está un poco sucia, ¿no?

—¡Sí, Timmy, dámela! —gritó el niño.

—¡Toma tu estúpida manta! ¡Y ponte enfermo si quieres, a mí me da igual!

Los ojos de Rowdy se llenaron de lágrimas cuando su hermano lo empujó.

—¡Papaaaaa!

El hombre lo tomó en brazos.

—Tim, vete a tu habitación y quédate allí quince minutos.

—Me da igual. ¡Aquí no hay nada que hacer! ¡Este sitio es asqueroso, lo odio! El chico, que debía de tener siete u ocho años, se alejó hacia la casa y el hombre hundió la cara en el pelo del niño. Rowdy le había echado los brazos al cuello y estaba dándole golpecitos en el hombro, como si quisiera consolarlo.

Jennifer observaba la escena, sorprendida. Pobres niños y pobre padre. Parecía tan estresado como sus hijos.

—¿Dónde estará su madre? —se preguntó.

¿Y no había una niña? Había visto por allí a una cría de pelo rubio y ojos azules que se parecía a Shirley Temple.

Justo entonces oyó un suspiro y luego otro más. Jennifer abrió un poco la ventana y se encontró con la niña rubia subida al árbol que daba sombra a su casa, con un dedo metido en la boca y los ojos azules tan grandes como platos.

Una niña de cinco años subida a un árbol.

Asustada, Jennifer se llevó una mano al corazón. Ella no era de las que se subían a los árboles. De niña, siempre había sido de las que jugaban con muñecas y organizaban meriendas, sin darle jamás un momento de preocupación a sus padres, que siempre sabían dónde estaba y qué estaba haciendo. Claro que ella era la más pequeña de cuatro hermanos y su madre siempre estaba en casa para cuidarlos.

¿Dónde estaba la madre de aquella niña?

Pollyanna o no, tenía que hacer algo.

—Hola, me llamo Jennifer.

La cría siguió chupándose el dedo con la furia de un niño asustado.

—Es un bonito árbol, ¿verdad? —siguió Jennifer, mientras salía de la casa por la ventana. No sabía si era un bonito árbol o el árbol de la bruja, pero tenía que conectar con la pequeña de alguna forma —. Es mi favorito.

Nada.

La niña era tan pequeña y el árbol tan alto...

—¿Cómo te llamas?

La cría seguía sin contestar, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas. Si perdía el equilibrio y se caía del árbol... a Jennifer se le encogió el corazón.

«Por favor, Dios mío, no podría soportar otro viaje en ambulancia con un niño moribundo».

—¿Quieres una galleta de chocolate? —le preguntó entonces, recordando que las guardaba en la despensa para los niños a los que cuidaba cuatro días por semana.

—Me gusta el *pocholate* —dijo la niña entonces en voz baja, como si fuera un secreto.

—Podríamos tomar leche con galletas de chocolate, ¿qué te parece? Yo creo que merece la pena bajar del árbol por eso.

—¿De verdad me vas a dar galletas de *pocholate*?

—Pues claro —sonrió Jennifer.

A Cody también le encantaba el chocolate. Pero Cody no volvería a mojar las galletas en la leche ni a organizar un desastre desde su trona. Ahora, Be, Amy, Sascha, Jeremy, Shanon y Cameron se sentaban en esa trona... al menos durante unas horas al día.

Llenar el vacío de su vida con los hijos de otras personas podría ser patético, como decía Mark, pero al menos así ese vacío no le gritaba día y noche. Durante el día estaba con niños que la miraban con confianza y cariño, niños con los que jugaba... ahora era una madre de guardería y, durante los últimos dieciocho meses, hacer eso había sido mejor que no hacer nada.

—Entonces, ¿vas a bajar del árbol? Incluso podría hacerte un plato de espagueti. ¿Te gustan los espaguetis con tomate?

«Por favor, baja antes de que te caigas».

—¿Espagueti? —repitió la niña—. ¡Eso también me gusta!

—Entonces, galletas de chocolate y espagueti. Ya tenemos todo el menú planeado, ¿no? Ahora sólo tienes que decirme tu nombre.

—Cilla —dijo la niña—. Priscilla Amelia Brannigan.

—Bueno, Priscilla Amelia Brannigan, si no bajas del árbol, no podré darte todas esas cosas tan ricas —insistió Jennifer.

Por el rabillo del ojo vio movimiento en la casa de al lado. El mayor, Tim, estaba saliendo de su habitación por una ventana.

Por lo visto, el señor Brannigan no ejercía ningún control sobre sus hijos, pensó. Pero sintió pena al recordar su cara de cansancio.

Jennifer le hizo un gesto al niño con la mano para que se acercase. Esperando que fuera por curiosidad, al menos. Alguien tenía que ayudar a ese pobre hombre... o, más bien, a sus hijos.

—¡Agárrame !

Por instinto, Jennifer levantó los brazos y, un segundo después, Cilla se lanzaba en ellos. Enseguida se sintió sobrecogida por el olor de un champú infantil que le recordaba...

Cuidaba de niños que no eran suyos todos los días, los consolaba cuando se hacían daño, los tomaba en brazos... ¿qué tenía aquella niña que la emocionaba de tal forma?

—¿La galleta? —le recordó Cilla, mirándola con los ojos muy abiertos.

Jennifer intentó contener la emoción, como había hecho todos los días durante los últimos dieciocho meses, cuando decidió que había dos posibilidades: caer en una depresión que no la permitiría levantar cabeza o seguir adelante con su vida.

—La galleta, sí —sonrió, dejándola en el suelo—. Pero primero vamos a lavarnos la cara y las manos.

—Timmy también quiere una galleta —dijo la niña, señalando la valla que separaba las dos casas, desde donde las miraba un niño con la cara sucia.

De nuevo, cuando Cilla le dio la mano, Jennifer tuvo que controlar una oleada de emoción. El recuerdo de algo hermoso, la maternidad, que se le había negado para toda la vida...

«No pienses en ello», se dijo, tragando saliva.

—Así que tú eres Tim.

El niño asintió con la cabeza.

—Tengo ocho años —contestó, con aire agresivo, como si Jennifer fuera a discutírselo.

—Ah, muy bien. Pues yo soy Jennifer, tu vecina. Seguro que a ti también te gustan los espaguetis y las galletas.

Tim saltó la valla de inmediato y sólo entonces Jennifer se dio cuenta de lo delgado que estaba. Delgado y serio.

Debería enviarlo a su habitación para cumplir con el castigo que le había impuesto su padre, pero lo que dijo fue:

—Bueno, pues entonces entremos en mi casa.

Seguramente a Tim no le haría gracia que le obligara a lavarse la cara y las manos, de modo que dejó que Cilla entrase en el cuarto de baño, esperando que él hiciera lo mismo por decisión propia.

No fue así. Tim fue directamente a la cocina y, cuando volvieron del baño, la miraba como retándola a ordenarle que se lavase las manos.

Pero Jennifer no era una novata y, levantando una ceja, tiró un paño húmedo sobre la mesa y esperó. Tim se cruzó de brazos y la miró a los ojos, retador. «Oblígame», parecía decir.

Cilla tiró de la mano de Jennifer. Su carita, tan bonita ahora que se había quitado el barro, estaba llena de esperanza.

—Tengo mucha hambre... y yo sí me he lavado.

—Tienes razón, cielo —dijo Jennifer, abriendo el armario para sacar los platos, los vasos y las galletas.

Un plato, un vaso.

—Aquí tienes, Cilla... No, Tim, yo que tú no lo haría —dijo luego, al ver que el niño iba a tomar las galletas—. Puedes comer si antes te lavas las manos. Voy a dejarlas sobre la mesa durante treinta segundos. Veintinueve, veintiocho...

¡Paf! Jennifer hizo una mueca cuando el paño mojado la golpeó en el cuello.

Debería haber imaginado que Tim reaccionaría así... pero antes de tirárselo se lo había pasado por las manos y la cara. Al menos había conseguido algo.

Jennifer se quitó el paño del cuello y lo lanzó directamente a la cabeza del niño.

Cilla soltó una carcajada infantil y empezó a dar palmas.

—¡Devuélveselo, Tim!

Sonriendo, el niño le tiró el paño. Y luego soltó una risotada cuando Jennifer fingió que le había entrado barro en la boca.

Cilla seguía muerta de risa cuando Jennifer la sorprendió tirándole el paño. La niña se lo tiró a su hermano y Tim, de nuevo, a Jennifer.

La cocina se llenó de risas, mientras se tiraban el paño húmedo de uno a otro.

Desde la ventana, con Rowdy en brazos, Noah Brannigan observaba la escena. Había visto a Tim dirigiéndose a la valla y había ido a buscarlo, pero ahora lo único que podía hacer era mirar lo que estaba pasando en aquella cocina, atónito. Tim estaba riéndose.

Habían pasado exactamente tres años desde la última vez que vio a su hijo riendo.

Y Cilla también estaba allí. Cilla, que nunca le hablaba sin sacarse el dedo de la boca. A él, su propio padre. Una niña tan tímida que no se atrevía a hablar con extraños. Cilla había estado desapareciendo cada día desde que se mudaron a Hinchliff y Noah nunca era capaz de encontrarla. Cuánto le gustaría entender por qué se había vuelto tan solitaria, tan silenciosa.

Pero ahora no sólo estaba hablando, estaba riéndose a carcajadas.

—Lo están pasando bien, papá —dijo Rowdy.

—Sí, es verdad.

—Yo también quiero una galleta —dijo el niño entonces, bajándose de sus brazos y entrando en la casa sin pedir permiso—. ¡Yo también quiero galletas! —anunció.

Aquella hada se llamaba Jennifer March. Noah sabía su nombre porque lo había mencionado Henry, mecánico y cotilla oficial del pueblo.

—Bueno, pues entonces será mejor que vayamos a lavarte las manos —estaba diciendo ella.

Luego, riendo, le tiró el paño a Tim por última vez y le sacó la lengua antes de tomar a Rowdy de la mano para llevarlo al baño.

Noah sabía algo de ella por la gente del pueblo. Divorciada, aún no había cumplido los treinta años y era la única persona que cuidaba niños en Hinchliff. Pero desde la primera vez que la vio en la puerta de su casa, se había negado a saludarla. Incluso a distancia, había algo en ella...

Una mujer serena que solía llevar sencillos vestidos de algodón y sandalias, el pelo casi siempre sujeto en una coleta, parecía tener una conexión natural con los niños a los que cuidaba, que la seguían a todas partes como si fuera *El flautista de Hammelin.* Y sus niños la habían sentido también, incluso a distancia. Las risas que salían de la casa los atraían hacia los árboles cercanos a la valla que conectaba las dos casas.

Había algo en aquella mujer que lo atraía de forma extraña...

Pero ahora no tenía más remedio que entrar en la casa y, a menos que pudiera ocultar cómo miraba a Jennifer March, la

presentación sería un desastre. Durante los últimos tres años, el miedo de Tim de que su padre volviera a casarse había llegado a proporciones épicas. El niño se había convertido en una especie de perro guardián, comportándose peor que nunca con cualquier mujer que se acercara a treinta metros de él, a menos que fuese una anciana o estuviera casada. Si alguna mujer tenía valor para flirtear con él, las pesadillas de Tim eran más de lo que Noah podía soportar.

«Dile que se vaya o mamá no volverá nunca».

Lo que Tim no sabía era que él no tenía la menor intención de volver a casarse. Mientras Belinda no apareciese, no podía firmar los papeles del divorcio y hasta que hubieran pasado siete años seguía tan atado a ella como si su mujer siguiera en casa. Podría lograr un divorcio en ausencia, ¿pero a qué precio? Peter y Jan, los padres de Belinda, no le permitirían divorciarse de su hija sin organizar un escándalo y Noah no pensaba dejar que nada les hiciera daño a sus hijos.

De modo que estaba en una especie de limbo. Necesitaba ayuda y se sentía solo, pero era incapaz de acercarse a una mujer. Y aunque quisiera tener una mujer en su vida, Tim no aceptaría jamás a nadie que no fuera su madre. El pobrecillo había sufrido tanto durante los últimos tres años... Su psicólogo le había dicho que se portaba de esa forma por miedo a perder a su padre, su única seguridad, y le había aconsejado paciencia. Según él, debía esperar hasta que Tim tuviese edad para entender la desaparición de su madre. Sólo entonces curarían sus heridas.

Y el psicólogo tenía razón. Tim seguía mirando en el interior de cada coche que pasaba por allí, en cada tienda, buscando a Belinda. Y Noah tenía que encontrar la forma de mantener unida a su familia.

Pero aquella mujer ya estaba haciendo algo bueno. Tim y Cilla sonreían de nuevo, y aunque le gustaría entrar, no quería estropear la alegría de sus hijos.

Jennifer March estaba mostrándole a su hijo que algunas mujeres podían ser amables con él sin convertirse en una amenaza para su seguridad y casi podría besarla por ello...

«No pienses en eso. No pienses en ella como mujer en absoluto».

Cuando volvió del baño, seguía llevando a Rowdy de la mano y Noah se fijó en su expresión. Una expresión tierna, dulce, pero como si por dentro estuviera librando una batalla.

En la vida de Jennifer March había fantasmas que no dejaba ver a los niños, pero el velado dolor que veía en sus ojos tenía a Noah fascinado. Todo en ella llamaba su atención, desde la sonrisa que iluminaba su cara al movimiento de sus caderas.

—Bueno, chicos, ha llegado la hora de las galletas —dijo, sentando a Rowdy en una trona.

Cilla dejó escapar un suspiro. Con el dedito en la boca, era incapaz de pedir, como haría cualquier niño. Siguiendo el ejemplo de silencio de su hermano mayor, nunca pedía nada. Noah sufría porque ni Tim ni Cilla se comportaban como niños normales, pero no tenía armas para librar esa batalla. Lo único que podía hacer era intentar mantener unida a su familia.

Hasta esos últimos meses tras el nacimiento de Rowdy, cuando la depresión posparto cambió por completo a su mujer, Belinda había sido una madre maravillosa. Ella no habría cometido un error tras otro...

Pero Jennifer March había conseguido hacer que Cilla sonriera. Incluso que lo hiciera Tim.

—Creo que aquí hay alguien que tiene mucha hambre —estaba diciendo en ese momento, mirando a la niña. Cilla no se sacó el dedo de la boca, pero asintió con la cabeza, sonriendo.

Jennifer se dio la vuelta para abrir la despensa, la coleta moviéndose con ella. Tenía el pelo castaño oscuro, muy brillante, y pecas en una nariz ligeramente larga, pero con mucha personalidad. Su figura, cubierta por unos pantalones vaqueros y una camiseta de color morado, era normal, con algunas curvas, pero sin ser esbelta o voluptuosa.

No había nada espectacular en Jennifer March; era una mujer normal. Pero cuando miraba a Cilla, su sonrisa, tan tierna, la convertía en algo más que hermosa.

Verla con sus hijos le hacía algo no sólo a su cuerpo, sino a su corazón. Como un tirón suave, cálido. Y, sin embargo...

Noah sacudió la cabeza. No le gustaban aquellos pensamientos. No había estado con una mujer desde la desaparición de Belinda tres años antes y no quería que su cuerpo despertara de esa somnolencia. Era una complicación que no necesitaba.

Se había mudado a Hinchliff buscando un cambio y lo había conseguido. Pero estaba viviendo al lado de una mujer que le resultaba atractiva. Y lo peor era que aún no le había dicho una sola palabra. ¿Qué pasaría cuando se conocieran? Y si Tim se daba cuenta de esa atracción...

«Tranquilízate, Brannigan. Puede que ni siquiera le gustes».

No era tan tonto como para creerse un imán para mujer alguna. Seguía intentando levantar un gabinete de arquitectura después de vender el que tenía en Sidney para pagar deudas... la mayoría de las cuales había descubierto cuando Belinda se marchó. Y tenía tres niños con los que cada día le resultaba más difícil bregar. Si se hubiera dado cuenta antes de la angustia de Belinda...

—¿Sabes una cosa, Priscilla Amelia? —estaba diciendo Jennifer entonces—. Ya es casi la hora de comer. Creo que es hora de hacer los espaguetis.

—¡Sí! —gritó Rowdy.

—¿Y luego más galletas? —murmuró Cilla.

—Luego más galletas —contestó Jennifer—. Pero tendremos que decirles a vuestros padres dónde estáis. Tim debería ir a...

—Mi madre está muerta —la interrumpió Cilla, sin expresión, como si fuera una realidad por todos conocida.

Noah, sabiendo lo que estaba a punto de pasar, cerró los ojos.

—¡Mamá no está muerta! —gritó Tim—. Estaba triste y se marchó por un tiempo. ¡Pero volverá!

Cilla miró a su hermano, con sus enormes ojos azules llenos de un mundo de tristeza.

—¡Y nos encontrará, boba! —siguió Tim—. ¡Aunque no estemos en la misma casa nos encontrará! Los abuelos saben dónde estamos y ella dijo que volvería.

—No tenemos mamá —suspiró Rowdy, mirando a Jennifer.

—¡Porque tú la hiciste salir corriendo, idiota! —replicó Tim, levantándose para salir corriendo.

Digno hijo de su madre. Cuando las cosas iban mal salía huyendo...

Noah llamó a la puerta antes de que su hijo pudiera desaparecer como era su costumbre.

—¿Hola? Veo que mis hijos han encontrado comida gratis —había intentado hacer una broma, pero el ambiente en la cocina no parecía precisamente alegre.

La mirada de Tim era una clara acusación. Sabía que estaba a punto de ser castigado y el ataque era su forma de defensa.

El dedo de Cilla desapareció dentro de su boca. La niña volvería a esconderse, como hacía siempre. Y Noah no sabía cómo solucionarlo. Le daba un susto de muerte cada vez que desaparecía y si intentaba hacerle entender que no estaba enfadado, sólo asustado, la pobre niña se ponía a llorar amargamente.

«Siento ser tan mala, papá. Por favor, no te vayas como mamá».

—Entre, señor Brannigan, tome una galleta —lo invitó Jennifer, sin dejar de sonreír. Aunque con la mirada parecía decir «ayúdeme»—. ¿Quiere un café? ¿O una taza de chocolate?

—Mi padre hace el peor chocolate del mundo —dijo Tim—. Lo hace con tanta leche que no puedes encontrar el chocolate por ninguna parte.

—Entonces lo mejor es que le enseñe a hacerlo, ¿no? ¿O es de los que tiran la leche? ¿No será Brannigan el patoso?

Cilla soltó una carcajada...

Noah habría querido abrazar a Jennifer March. No, dejar que ella lo abrazase y apoyar la cabeza en su hombro. Su niña estaba riendo de nuevo y él querría gritar de alegría.

—En realidad, me llamo Noah Patoso Brannigan.

—Encantada de conocerlo, Noah Patoso Brannigan. Pero siéntese, por favor. Yo soy Jennifer March.

Como si hubiera usado una varita mágica, los niños parecían haber olvidado la conversación de unos segundos antes, como si hubieran sido transportados a un sitio donde no había dolor.

Sus hijos se habían vuelto normales desde que entraron en la cocina de Jennifer March.

Y mirándola, también él se sentía un hombre normal por primera vez en mucho tiempo.

—Encantado de conocerte, Jennifer Hábil Cocinera March.

Los niños rieron de nuevo. Sus hijos estaban riéndose, como si fueran niños normales.

Mientras se sentaba en la sencilla silla de madera, notó el olor a vainilla, a chocolate, a cera para muebles, a aire fresco. En las paredes había posters, calendarios y dibujos hechos por niños. Y en la habitación de al lado, una espesa alfombra de colores que parecía estar pidiendo a gritos que los niños la usaran.

Quizá tenía hijos y estaban con su padre en aquel momento, pensó. Sí, Jennifer March debía de ser madre. Ninguna guardería de Sidney era tan acogedora como aquella casa. Tenía el aura y el aroma de una madre. Un aura a la que los niños respondían de forma inconsciente. Los tres miraban a Jennifer fascinados, como si fuera a desaparecer si dejaban de mirarla. Especialmente Cilla y Rowdy, ninguno de los cuales recordaba a Belinda.

Tim era otra cuestión. Una mucho más triste. Aunque era evidente que le gustaban las galletas de Jennifer y su dulce manera de tratarlo, la tristeza que había en sus ojos no desaparecía nunca. La adorada madre a la que había intentado proteger de la depresión se había ido de casa para no volver jamás...

Pero siempre sería su madre. Tim seguía en guardia, protegiendo a la familia como Belinda le había pedido que hiciera. Era un juramento sagrado para él. «Cuida de los niños hasta que yo vuelva, cariño».

En lugar de jugar con soldados de juguete, Tim era un soldado en una batalla real. Que su hijo tuviera que sufrir todo eso a los ocho años hacía que Noah llorase lágrimas de sangre. Tantas noches en vela intentando encontrar la manera de solucionarlo, intentando entender por qué Belinda se había ido... Que no hubiera vuelto nunca, que no hubiera vuelto a llamar al menos para interesarse por sus hijos...

Sólo una respuesta tenía sentido, pero... ¿cómo iba a estar seguro? Si en tres largos años, mil cuarenta y cinco días, hubiera recibido una carta, una llamada de teléfono...

En el tercer aniversario de su desaparición Noah no pudo soportarlo más y, después de vender la casa de Sidney, se mudó a Hinchliff. Pero venderlo todo para pagar deudas no había solucionado sus problemas.

Había comprado aquella casa muy barata, esperando que el cambio de ambiente y la separación de los obsesivos y eternamente tristes padres de Belinda animara a sus hijos.

Ahora, a setecientos kilómetros de Sidney y sus tristes recuerdos, sabía que haría falta un milagro para que la pesadilla terminase.

Pero... ¿no acababa de presenciar un milagro? Allí, en la cocina de Jennifer March. Sus hijos estaban jugando alegremente por primera vez en tres años... y le daba pánico llevárselos a casa y enfrentarse a una realidad que era demasiado dolorosa para todos.

Capítulo 2

NOAH Patoso Brannigan tenía la peor clase de sonrisa. La clase de sonrisa que la hacía olvidar lo que estaba haciendo.

Y eso no estaba bien. Nada bien, porque no había reaccionado así ante un hombre desde que Mark McBride apareció en su vida cuando tenía diecisiete años. Y había salido de ella exactamente siete años después, tres meses antes de que Cody sufriera el último ataque, tan virulento que ni toda la medicación del mundo pudo hacerlo respirar otra vez.

Jennifer apretó el puño para disimular el temblor de su mano derecha. Le pasaba desde hacía dos años. ¿Por qué sólo le temblaba una mano? Era como si una parte de su cerebro dejase de funcionar repentina y temporalmente.

Había hecho todo lo que pudo para volver a vivir una vida normal. Había aceptado el pasado y el futuro. Era portadora de una enfermedad genética, fibrosis quística, y hasta que encontrasen una cura no podía arriesgarse a tener hijos. Mark, también portador recesivo, había desaparecido de su vida para vivir una menos complicada.

Desde entonces, y a pesar del dolor, su mundo era plácido, sereno. No quería nada que lo completase. Era suficientemente feliz.

Pero... ¿por qué su mano derecha seguía traicionándola de esa manera?

—¿Dónde están los espaguetis?

La voz de Rowdy consiguió que dejara de temblarle la mano, como por arte de magia.

—Ahora mismo los hago —sonrió Jennifer que, para demostrar que ya no le temblaba la mano, tiró del cajón de los cubiertos con demasiada fuerza. Tanto que se quedó con él en la mano mientras el contenido caía al suelo...

Los niños soltaron una carcajada, pero Noah Brannigan se acercó para ayudarla.

—¿Te has hecho daño, Jennifer?

—No, no, estoy bien —contestó ella, nerviosa. Porque el roce de las manos del hombre la hacía sentirse extraña... sentía como una debilidad en las piernas y...

Tenía las manos fuertes, capaces, como su cuerpo, fibroso y masculino. El cuerpo de alguien de quien se podía depender.

«Te engañaste a ti misma con Mark de la misma manera. ¿Es que no te acuerdas?».

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, sí, no ha sido nada.

Sólo entonces se dio cuenta de que él seguía apretando sus manos.

—Aparte de mi dolorida dignidad, estoy bien —consiguió añadir —. Gracias... Noah.

—¡Papá, no la toques!

Los dos se volvieron para mirar a Tim y luego Jennifer miró a Noah, en cuyos ojos había un dolor más viejo que él.

«Su mujer», pensó. «Está casado, aunque su mujer se haya ido. Si no se ha divorciado, no es un hombre libre».

—Tim, estás siendo un grosero —lo regañó su padre—. Jennifer se ha hecho daño con el cajón. Necesitaba ayuda.

El niño bajó la mirada.

—No tenías que...

No lo dijo, pero estaba claro: «No tenías que tocarla».

Con esas palabras, Jennifer había pasado de amiga a enemiga a ojos de un niño que sólo quería recuperar a su madre.

—Tenía que tocarla y si tú no sabes por qué, creo que no te he enseñado buenas maneras. Jennifer ha sido muy amable con vosotros. ¿Esperabas que no la ayudase?

Tim no levantó la mirada, pero la dignidad con la que Noah intentaba razonar con su rebelde hijo la dejó sobrecogida.

Resultaba curioso, pero era como si la mujer de Noah estuviera en la habitación con ellos. Su presencia en el corazón de Tim era tan real, tan vívida, que Jennifer casi podía verla.

—Pídele disculpas a Jennifer ahora mismo —estaba diciendo Noah, con voz suave pero a la vez inflexible.

—¡No! ¡Y tampoco quiero sus estúpidos espaguetis! —tras apartar la silla hacia atrás con increíble fuerza, Tim salió corriendo de la casa.

Cilla empezó a chuparse el dedo como si su vida dependiera de ello y Rowdy miró a su padre con una simpatía tan profunda, una comprensión tan sincera, que parecía imposible en un niño tan pequeño.

—¿Vamos a buscar a Timmy, papá? —le preguntó en voz baja, como si fuese algo que hubieran hecho muchas veces.

Sin saber qué hacer, Jennifer se acercó a la pila para llenar de agua una cacerola.

—Jennifer... señorita March... —Noah no sabía si tutearla o no.

—Tengo la salsa de tomate preparada. Sólo hay que calentar la pasta. ¿Por qué no deja a Cilla y a Rowdy conmigo mientras... habla con Tim?

El rostro de Noah se ensombreció. No dijo nada, pero Jennifer podía sentir su indecisión, su miedo, su angustia.

—Además de ser su vecina, tengo experiencia como niñera,

señor Brannigan. Supongo que se habrá dado cuenta de que cuido niños durante la semana. Tengo licencia para cuidar hasta de seis niños a la vez —le dijo, con su tono más profesional—. Puede llamar a Fred Sherbrooke, el sargento de policía de Hinchliff, para verificarlo.

—Pero no puedo pagarle…

—¿Por darles a sus hijos un plato de pasta? No tiene que pagarme nada. Somos vecinos, señor Brannigan.

—Muy bien. Gracias.

—Dejaré un plato de espagueti para Tim y para usted… si Tim quiere volver.

Asintiendo con la cabeza, Noah salió de la cocina, y Jennifer se volvió hacia los niños.

—¿Preparados para un buen plato de espagueti?

Cilla se cubrió la mitad de la cara con una mano mientras Rowdy la miraba con ojos cándidos.

—Timmy se enfada mucho —dijo por fin.

Dos horas después, Noah había ido a todos los sitios en los que solía esconderse Tim desde que se mudaron allí. Había mirado en todos los árboles… incluso había bajado a la playa. Y, por fin, tuvo que llamar al sargento Sherbrooke para decirle que su hijo había desaparecido otra vez.

Fred no bromeó sobre comprarle una correa al niño como había hecho alguna vez. Las bromas habían terminado cuando miró en su base de datos y descubrió que Belinda Brannigan había desaparecido. Pero Noah no sabía qué le dolía más, las bromas o aquel silencio lleno de compasión.

Mandy, su ayudante, le había dicho que en un pueblo tan pequeño sólo tardarían una hora en encontrarlo. Además, como era domingo, sería posible reclutar la ayuda de algún vecino.

Angustiado, Noah se dirigió a casa de Jennifer March para llevarse a sus hijos a casa. Por experiencia, sabía que Tim volvería cuando quisiera hacerlo y no antes. Pero cada vez que Tim o Cilla decidían desaparecer, una parte de su corazón parecía romperse. Su vida consistía en mantener a su familia unida y, sin embargo, se desintegraba ante sus ojos cada día más.

Cuando se acercaba a la casa, una risotada llamó su atención. ¿Por qué había tenido que entrar antes? Jennifer era más que capaz de cuidar de los niños y si él no hubiera metido la nariz…

Si pudiera, dejaría allí a sus hijos para ayudar al sargento a buscar a Tim. Pero Jennifer… la señorita March, tenía su vida y no era justo obligarla a cargar con los críos.

Por muy felices que los hiciera.

Entonces la puerta de la cocina se abrió de golpe y Jennifer salió, muerta de risa, con el pelo manchado de colores. Cilla y Rowdy la siguieron al momento con sendas brochas en la mano.

Jennifer —no podía pensar en ella como en la señorita March. Lo miró mientras pasaba corriendo a su lado.

—¡No podréis atraparme!

—¡Vamos a hacerlo! —gritó Cilla.

Después de esconderse entre los arbustos durante unos minutos, Jennifer se dejó atrapar.

—Un momento, un momento... ¡Habéis ganado!

Los niños empezaron a gritar de alegría, sujetando las brochas como si fueran la espada de *Excalibur*.

—¡Somos los campeones!

Aparentemente, cuando había niños de por medio Jennifer no pensaba en su dignidad y los críos respondían con genuina alegría.

El sargento le había asegurado que podía confiarle a sus hijos, pero también le dijo que vivía sola. ¿Por qué no tenía niños?, se preguntó Noah. Aunque estuviera divorciada... era una chica guapa y encantadora. ¿Por qué no había vuelto a casarse?

Entonces, al recordar el brillo de tristeza de sus ojos, pensó que debía de haber alguna razón por la que cuidaba de los niños de los demás en lugar de tener hijos propios.

Aunque no era asunto suyo. El tenía suficientes problemas intentando hacer felices a sus hijos.

—¡Papá, papá! —gritó Rowdy—. ¿Lo has visto? ¡Hemos ganado!

Pero cuando Cilla lo miró volvió a meterse el dedo en la boca. ¿Por qué le tenía miedo? ¿Por qué era tal fracaso con unos niños a los que quería tanto?

—¿Queréis seguir jugando con la plastilina? —preguntó Jennifer entonces.

—¡Sí! —gritaron Rowdy y Cilla a la vez.

—Pues entrad en casa. Yo iré enseguida.

Cuando los niños desaparecieron, Jennifer se acercó a él.

—¿No ha encontrado a Tim?

—Tim volverá a casa cuando quiera. Siempre lo hace.

«Eso es. Dile a una mujer que tu hijo de ocho años desaparece cuando le da la gana. Bien hecho».

—Y si no aparece... ¿tiene móvil?

—Sí, pero está apagado —suspiró Noah.

—Entiendo. ¿Ha llamado a Fred Sherbrooke?

—Por supuesto. Tim sólo tiene ocho años.

—Sí, por supuesto. No sé por qué lo he preguntado —se disculpó ella—. Bueno, voy a poner un mantel en la mesa para que los niños no la manchen con la plastilina. Vuelvo enseguida.

La distancia entre ellos era como el universo o como una paradoja del tiempo. Estaba ahí, pero no estaba.

—No hace falta. Voy a llevarme a los niños —suspiró Noah—. Usted ya ha hecho más que suficiente.

—Pero se lo prometí. Puede usted jugar con nosotros si quiere...

—Tengo que seguir buscando a Tim...

—Usted mismo ha dicho que volverá cuando quiera hacerlo. Venga, juegue con los niños.

Noah asintió con la cabeza. La mujer reservada desapareció y, de nuevo, Jennifer se convirtió en la chica alegre y sonriente que jugaba con los niños como si fuera uno de ellos. ¿Tan controlados tenía sus sentimientos?, se preguntó Noah. Ojalá pudiera él hacer eso.

—Puede usted jugar con esa plastilina verde...

—No me apetece jugar con plastilina —la interrumpió Noah que, inmediatamente, la miró con expresión lastimera—. Perdone, es que estoy preocupado.

—No sería humano si no lo estuviera. Sé que ahora mismo no lo cree, pero es usted un buen padre. Es evidente que quiere a sus hijos. Y Tim volverá a casa, ya lo verá.

—Mire, yo no...

—Lo sé, lo sé. Tampoco a mí me gusta que se metan en mis cosas.

—Es que siempre parece haber alguien diciéndome lo que tengo que hacer o no...

—Lo entiendo —sonrió Jennifer—. Yo también he pasado por eso.

—Sí, en fin, creo que es mejor que nos vayamos.

Ella asintió con la cabeza.

—Estaré atenta por si veo a Tim. Y si viene por aquí, llamaré a Fred.

Noah iba a darle las gracias por su ayuda, pero de repente imaginó a Jennifer sola, buscando a su hijo porque no tenía nada mejor que hacer un domingo por la noche... o cualquier otra noche.

Por primera vez en mucho tiempo, se preguntó si la tranquilidad de estar solo podría reemplazar el calor de unos bracitos alrededor de su cuello. Si merecía la pena levantarse y cocinar para uno solo a cambio del silencio. Parecía tan sola... Pero no había dicho una sola palabra sobre eso.

—Adiós, entonces.

Por impulso, Noah tomó su mano.

—Gracias por todo, Jennifer.

Ella no contestó, pero su expresión lo decía todo. Quería que se llevara a sus hijos y se fuera de allí. Quería que la dejase sola en

aquella casa; una casa hecha para las risas, para el calor familiar y el amor en la que vivía una mujer solitaria con unos ojos azules cargados de tristeza...

De repente, Noah decidió que no quería irse.

—Me gusta tomar una copa de vino en el jardín cuando los niños están dormidos. Y me gustaría que me acompañases esta noche...

Jennifer March lo miró con los ojos llenos de furia.

—Señor Brannigan, no le conozco de nada, pero sé que tiene usted una esposa, donde quiera que esté.

Aquella furia, aquella terrible e injusta acusación cuando estaba muerto de miedo por lo que le podría haber pasado a Tim fue demasiado para Noah.

—Mire, puede que no haya ganado el premio al padre del año, pero al menos podría usted descargarme de la acusación de adulterio. No suelo hablar de mis cosas privadas con extraños mientras mis hijos están escuchando... —Noah se volvió y comprobó que los niños, totalmente concentrados en la plastilina, no estaban atentos a la conversación—. Especialmente porque Tim necesita creer que algún día su madre volverá a casa. Pero en tres largos años Belinda no ha usado su tarjeta de crédito, no ha tocado la cuenta del banco, no ha sido vista en ninguna parte... Aunque me dejase a mí, era una madre y una hija maravillosa, pero no se ha puesto en contacto ni con sus hijos ni con sus padres. Hace un año, la policía de Sidney me informó de que, en su opinión, Belinda ha muerto.

Jennifer se llevó una mano al corazón.

—Lo siento... —empezó a decir.

—Y para que lo sepa, la oferta era una manera de darle las gracias por haber sido tan encantadora con mis hijos. Quería ofrecerle... amistad. Nada más. Piense lo que piense de mí, no soy tan ruin como para coquetear con una mujer a la que acabo de conocer.

—Mire, no quiero que me dé las gracias por nada... Noah. ¿Podemos volver atrás unos minutos? Me encantaría tomar una copa de vino contigo...

Y así, de repente, la furia de Noah desapareció. Recordando todo lo que había hecho por él aquel día, lo cariñosa que había sido con sus hijos...

—¿Amigos? —sonrió ofreciéndole su mano.

—Sí, claro.

Jennifer no podía mirarlo y le temblaba la mano. ¿Qué podía decir?

—Jennifer...

—¿A qué hora debo acudir? No me gustaría ir demasiado temprano y disgustar a Tim.

Tim. Había perdido allí quince minutos mientras podía haber estado buscando a su hijo.

—Alrededor de las nueve —contestó Noah—. ¡Niños, tenemos que irnos! Hay que encontrar a Timmy.

Los niños se levantaron de inmediato. Nunca discutían sus órdenes cuando Tim había desaparecido porque sabían que lo importante era encontrarlo.

En ese momento sonó el teléfono y Jennifer levantó el auricular mientras les decía adiós con la mano...

—¡Noah, espera! Han encontrado a Tim.

Capítulo 3

ERAN casi las nueve y media cuando por fin Noah salió a la puerta. Observándolo desde el porche de su casa, Jennifer esperó un minuto antes de levantarse. No quería parecer ansiosa. Como si quisiera correr hacia él. Como si quisiera ser algo más que una vecina.

Como si quisiera estar con Noah Brannigan... aunque el recordatorio de su mujer fuera una sombra tan alargada que apenas podía ver al hombre que había sido.

Una esposa que había huido, un hijo que se escapaba... pero Jennifer se negaba a juzgarlo. Después de todo, Mark también había huido de ella. Y la gentileza con que Noah trataba a sus hijos, el dolor que había en sus ojos, le mostraba qué clase de hombre era.

Un hombre que quería ser su amigo. Un hombre que necesitaba un amigo en ese momento.

Jennifer saltó la valla y se acercó a él. Estaba de espaldas, mirando el mar, un hombre perdido en su pasado. La rapidez de su pulso mientras se acercaba parecía reírse de su idea de que fueran sólo amigos.

Era evidente que debía tener cuidado. Noah Brannigan era algo más que un padre perdido. Era un hombre inteligente, perceptivo. Si supiera que había pasado una hora eligiendo el vestido que llevaba, que se había peinado con más cuidado que en mucho tiempo...

—Hola.

—Hola —sonrió él—. He traído una manta. Y unas galletitas saladas para tomarlas con el vino. Espero que te guste el vino blanco.

—Sí, más que el vino tinto —sonrió Jennifer.

—Entonces hemos tenido suerte —dijo él, encendiendo una linterna—. Estaba ahorrando pilas hasta que llegaras. Ah, también he traído repelente para mosquitos.

Jennifer se sentó sobre la manta.

—Una merienda nocturna, qué bien. No lo había hecho nunca.

—No puedo ofrecerte mucho, la verdad.

—Lo que cuenta es la experiencia. Mira el cielo, Noah. Mira cuántas estrellas. El sonido del mar, el olor de la hierba. Vino y queso... es casi poético.

—¿Siempre eres tan positiva? —sonrió él, sentándose a su lado.

—Lo sé, es un poco irritante. Mi... —Jennifer vaciló un momento —. Mi ex marido solía llamarme Pollyanna.

«Y no lo decía en tono admirativo».

Noah no dijo nada y ella pensó que seguramente ya sabía que estaba divorciada. Henry, el mecánico, o June, la encargada de la oficina de correos, se lo habrían contado, sin duda.

—La gente es demasiado cínica. No hay que subestimar los pequeños placeres de la vida —asintió Noah por fin.

—Gracias por invitarme.

—Gracias a ti por venir. Me encanta salir aquí por la noche, pero me gusta tener compañía adulta. Adoro a mis hijos, pero esta hora de paz antes de irme a dormir...

—No hace falta que me des explicaciones, te entiendo. Yo suelo sentarme en el porche antes de irme a la cama.

«Cállate, Jennifer. Te estás quedando sin aliento y este hombre va a salir corriendo».

Los dos se quedaron en silencio, incómodos. Eran dos personas intentando no parecer ansiosas, pero con tantas cosas que decirse...

—No podrías haber tenido peor introducción en esta familia —dijo Noah cuando el silencio se volvió insoportable—. Tú y tu tío Joe, los dos.

—Por favor, tienes que haberte dado cuenta de que me gusta estar con tus hijos. Y en cuanto a mi tío Joe, que Tim apareciera en su casa fue cosa de magia. A mi tío le encanta enseñarle el patio a cualquiera que pase por allí... y mucho más a un niño de ocho años fascinado por la chatarra.

Noah se encogió de hombros.

—Supongo que ahora sabré dónde encontrarlo cada vez que desaparezca.

—Mi tío se siente muy solo desde que murió su mujer hace dos años y mis primos se fueron a vivir a Sidney y a Brisbane. No ve a sus nietos más que un par de veces al año y, aunque yo voy a visitarlo una vez por semana, no soy gran aficionada a la chatarra. Así que sospecho que Tim está a punto de ser adoptado.

—Sí, me imagino que le habrá gustado mucho. Debe de haber un millón de sitios en los que esconderse.

—No te preocupes. Mi tío Joe tendrá cuidado para que no se haga daño.

Noah asintió con la cabeza.

—¿Siempre te has dedicado a cuidar niños?

—Eso es lo que estudié —contestó Jennifer, apartando la mirada—. Había pensado abrir una guardería, pero entre los seguros, los empleados y el carísimo alquiler en Newcastle... no podía permitírmelo.

—¿Eres de Newcastle?

—Nací en Novocastrian y mis padres siguen viviendo en Swansea, cerca del mar.

—Mis padres en Dural, cerca de Sidney.

Como los padres de Belinda. Su ex mujer y él habían ido al mismo colegio, habían jugado en las mismas calles y salían juntos desde los quince años.

Pero no quería pensar en Belinda. Era como correr por una cinta mecánica: algo agotador que no llevaba a ninguna parte.

—Pero ahora están viajando por todo el mundo —siguió Noah —. ¿De cuántos niños cuidas cada día?

«¿Y por qué no tienes hijos propios?».

—De tres o cuatro. Tengo licencia para cuidar de seis, pero como trabajo sola prefiero no agotarme. Aunque tampoco hay tantos niños en Hinchliff—se rió Jennifer, con una risa clara, fresca.

Era como una flor silvestre en medio de la hierba que se movía con el viento; inesperada y encantadora. Algo bello en medio del uniforme campo reseco que era su vida.

Viéndola acercarse a él con aquel vestido blanco, la coleta cayendo sobre un hombro... parecía un hada. Parecía flotar hacia él más que caminar.

Y Noah la deseaba. Quería estar a su alrededor como una polilla atraída por la luz, disfrutar de la serenidad que había en su vida. Quería beberse aquellos ojos, tomar su mano y no soltarla nunca...

Hacía mucho tiempo que no tocaba a una mujer, que no sentía su calor. Y ella lo deseaba también, estaba seguro. Lo veía en sus ojos, en la curva de sus labios... en cómo se inclinaba ligeramente hacia él, en el ligero temblor de su cuerpo cada vez que la rozaba.

Pero no podía pasar. Él no podía dejar que pasara. No necesitaba la complicación de una relación sentimental y sus hijos no querían que otra mujer ocupara el sitio de su madre... especialmente Tim.

Pero aunque coquetear con ella era un error, Noah lo estaba haciendo.

—¿Entonces viniste aquí para abrir tu negocio?

—Sí, bueno... Necesitaba empezar otra vez tras el divorcio. Además, mi tío Joe se había quedado solo y me pareció lo mejor.

Noah tardó casi un minuto en recordar lo que le había preguntado y de qué estaban hablando. No tenía mucha experiencia con las mujeres. Nunca había estado con otra que no fuera Belinda y no sabía jugar a ese juego con otra mujer.

Y estaba seguro de que Jennifer tampoco. Se quedaron donde estaban, a un metro el uno del otro, sin saber qué hacer.... bueno, los dos sabían qué querían hacer; era de las consecuencias de lo que tenían miedo.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó ella por fin—. Bueno, además de criar a tus hijos.

—Soy arquitecto... y constructor. Tenía un negocio en Sidney —

contestó Noah. No añadió que había tenido que venderlo para pagar deudas. No era culpa de Belinda, él debería haber visto lo que estaba sufriendo. Pero, ocupado con el negocio, obcecado en conseguir prestigio y éxito, había dejado que Belinda llevase la casa. Se había dado cuenta de que compraba muchas cosas, pero les iba bien, ¿por qué no disfrutar un poco? Y si su vida de casados había perdido intimidad desde el nacimiento de Rowdy, estaba seguro de que el tiempo lo arreglaría.

El problema de su mujer le había explotado en la cara sólo cuando ella ya había desaparecido... y cuando empezaron a llegar las facturas. Desde ropa de diseño a zapatos carísimos o compras hechas por Internet de las que él no sabía nada.

—¿Y te has venido a Hinchliff? —se rió Jennifer—. ¿Qué vas a hacer en un pueblo de mil habitantes?

—Sí, ya sé que aquí no hay muchas oportunidades para construir, así que había pensado abrir un negocio de reformas. Aunque también puedo ofrecer servicios de construcción. En Ballina están haciendo casas nuevas y eso no está lejos de aquí. Claro que hasta que Cilla y Rowdy no vayan al colegio tendré que trabajar a tiempo parcial. Pero puedo hacer los planos por la noche.

—Yo... en fin, hay sitio para ellos en mi casa los lunes miércoles y viernes, si te hace falta. Tengo a los niños hasta las seis y Tim puede ir a mi casa después del colegio.

Señales de alarma empezaron a sonar en la cabeza de Noah. Estaban caminando sobre un precipicio. Él lo sabía, ella lo sabía. Y, aun así, siguieron adelante.

—Sólo tengo tres niños esos días y no cobro mucho.

—Gracias, Jennifer. Es difícil tener que llevar a los niños conmigo a todas partes como me pasaba en Sidney. Y en cuanto a Tim... creo que le gustará. Especialmente si yo no aparezco para complicar las cosas.

—Fui yo quien complicó las cosas —dijo Jennifer en voz baja—. Y creo que lo mejor para Tim es que vuelva a mi casa. Los dos tenemos suficientes fantasmas contra los que luchar.

Deseando rozar sus labios o la curva de su cuello o levantar su cara para mirarla a los ojos, Noah sólo pudo asentir con la cabeza. Sabía que tenía razón, pero oír esas palabras lo llenó de resentimiento. La deseaba tanto como lo deseaba ella, pero la normal atracción hacia una mujer le estaba prohibida porque estaba en aquel maldito limbo. ¿No dejaría nunca de pagar por un par de meses de ceguera?

«¿Le estoy dando a Tim seguridad al seguir solo o lo que hago es plegarme a los deseos de un niño que se siente inseguro, empeorando así las cosas para toda la familia? Cilla y Rowdy

necesitan una figura materna en sus vidas... y Tim la necesita más que los dos juntos».

¿Por qué no había pensado en eso antes?

—Será mejor que me vaya...

—¡Papá!

Noah se levantó de un salto.

—Es Tim.

—¡Papá!

Noah llegó a la casa corriendo y entró en la habitación que el niño compartía con Rowdy. Era una casa de cuatro habitaciones, pero a Tim no le gustaba dormir solo. Aunque no lo admitiría nunca, dormir con su hermano pequeño le daba una sensación de continuidad, de seguridad.

—No pasa nada, cariño. Ya estoy aquí.

Noah abrazó a su hijo, apretándolo contra su corazón; la única ocasión en la que Tim lo dejaba acercarse tanto. El niño estaba temblando, muerto de miedo. Había vuelto a tener una de sus pesadillas y Noah le acarició la espalda, cubierta de sudor.

—Papá —murmuró él, perdido en un mundo entre el sueño y la realidad. Aquél era el miedo que lo separaba de otros niños cuya madre no había desaparecido. Si Belinda hubiera muerto, Tim lo habría aceptado. Pero no había dónde ir cuando tu madre era una persona desaparecida. No había fin, no había cura para el dolor. O para el miedo de ser el responsable de que tu madre no volviera nunca a casa.

Era una carga demasiado pesada para un niño de ocho años.

—Estoy aquí, cariño. Siempre estaré aquí.

—Dile que se vaya, papá.

Noah suspiró.

—No puedo, Tim. Es nuestra vecina... y a partir de ahora cuidará de Cilla y Rowdy mientras yo estoy trabajando.

—No, papá —insistió el niño, con unos sollozos tan profundos que no podían ser falsos—. Mamá nunca volverá a casa si...

«Si estás con otra mujer».

Noah podía terminar la frase por su hijo. Y aquella vez era real. Le gustaba Jennifer y no podía disimularlo. Y Tim, con el radar que tenían todos los niños, se había dado cuenta. Sabía que el peligro era real.

Y no había nada que Noah pudiera decir para consolarlo. De modo que los miedos y las pesadillas seguirían existiendo.

Algún instinto lo alertó entonces, obligándolo a girar la cabeza.

Jennifer estaba en la puerta de la habitación, pálida, con los ojos llenos de lágrimas. Se había tapado la boca con una mano temblorosa mientras escuchaba la conversación.

Noah no podía moverse, no podía respirar. Y Jennifer no podía hacer nada. Todo había terminado antes de empezar. Durante media hora habían alargado la mano para tocarse el uno al otro, dos almas solitarias, pero eso estaba destrozando a un niño pequeño.

Sin decir una palabra, Jennifer salió de la habitación dejando tras ella un mundo de tristeza.

Estaba sentada en la manta, tomando su segunda copa de vino cuando Noah reapareció. Pero se detuvo a unos metros, como si esperase una explicación.

Sintiéndose como una idiota, ¿por qué no se había ido a casa en lugar de quedarse allí?, Jennifer levantó la mirada.

—¿Ya está mejor?

—No —contestó él—. Está en mi cama. Sólo había salido para buscar la manta. Si despierta y te ve...

—Sólo quería saber...

—Mi hijo no se pondrá bien hasta que Belinda vuelva a casa... o hasta que encuentren su cuerpo —Noah se pasó una mano por el pelo—. Esto es peor que la muerte. Es como un purgatorio permanente. No hay sitio donde ir, no puedo escapar de ninguna forma... En la mente de mi hijo, olvidar a Belinda sería una deslealtad imperdonable. Incluso mudarnos aquí ha sido terrible para él. No deja de repetirlo...

—Noah...

—¿Cómo voy a decirle que no debe esperarla, que su madre no volverá nunca? ¿Cómo le digo «no es mamá» cada vez que suena el teléfono? ¿Y si Belinda estuviera viva? ¿Y si volviese algún día? Así que existimos, esperándola, esperando alguna noticia... algo que nos dé permiso para vivir sin esta maldita esperanza y este miedo y este sentimiento de culpa que nos come vivos.

Jennifer habría deseado abrazarlo en aquel momento, consolarlo de alguna forma. Pero sabía que no debía hacerlo.

—Debería haberme ido a casa. Lo siento... es que estaba preocupada por Tim.

—Pero ahora pensarás que tienes por vecino a un loco —suspiró él—. Lo siento, Jennifer. Puede que hablar sea un alivio para mí, pero tú no tienes por qué hacerte cargo de mis problemas.

—A lo mejor te hacía falta contarlo. Y quizá contárselo a una extraña es más fácil.

—Tú no eres una extraña —murmuró Noah, mirándola a los ojos.

Ella asintió con la cabeza. No eran extraños, pero no podían ser más que eso.

—Jennifer... aunque Belinda hubiera muerto, y yo creo que así es, no tengo nada que ofrecerte. Seguramente no podrás entenderlo...

Oír esas palabras dolía tanto... aunque lo hubiera sabido. Aunque supiera las razones, le dolía. Aunque también ella tuviera poco que ofrecer. Podría tener un amante, pero no un marido... y en la vida de Noah Brannigan no había sitio para aventuras.

—Tener un hijo al que no puedes curar por mucho que lo intentes te mata poco a poco —dijo en voz baja, casi sin pensar—. Pero no puedes dejar de esperar, no puedes dejar de intentarlo. No hay más remedio que ponerlos a ellos primero, aunque te dé miedo malcriarlos, aunque a veces te dé rabia —Jennifer intentó sonreír—. Lleva a Cilla y a Rowdy a casa cuando tengas que trabajar. Da igual el día que sea.

—Jennifer… —en la oscuridad Noah alargó la mano, esa mano grande, masculina, y Jennifer deseó apretarla.

—Mejor no.

—No puedo pedir y pedir continuamente sin darte nada a cambio.

—No es eso. Vas a pagarme —sonrió ella—. Estoy ahorrando dinero para ampliar el porche y para construir una casita de madera para los niños. Bueno, en realidad había pensado vender la casa y comprar una en el pueblo. Así estaría más cerca de los niños... de la mayoría de los niños.

—Los dos sabemos que eres tú la que está siendo generosa. Así que yo reformaré tu porche y te haré la casita. Sólo tendrás que pagar los materiales —se ofreció Noah—. Tengo que abrir un negocio en este pueblo y eso podría servir como publicidad.

—Muy bien, de acuerdo.

—Si no me ha salido algún trabajo importante...

—No te preocupes, te entiendo. Tienes que mantener a tu familia. Pero puedes hacerlo por las noches. Una noche yo preparo la cena, otra la llevas tú.

—Gracias, Jennifer. No sé qué decir... —la voz de Noah se había vuelto ronca. No ronca de deseo, sino de gratitud. La gratitud de un hombre que había estado solo demasiado tiempo.

—Tengo que irme. Buenas noches, Noah.

«Pollyanna de nuevo», le dijo una vocecita mientras se alejaba.

Estaba poniéndose en peligro; era tan inevitable como las olas que golpeaban la playa a sus pies. Después de dos años viviendo una existencia como en sueños, estaba viva otra vez, pero... ¿a qué precio?

En un solo día había descubierto que Noah Brannigan tenía poder para romperle el corazón, pero no podía hacer nada sin dañar

a sus hijos o empeorar su sufrimiento.

El corazón contra la conciencia. No, no tenía alternativa y sabía que, fuera cual fuera el precio que pagase por aquella decisión, iba a ella con los ojos abiertos.

O eso esperaba.

Capítulo 4

Seis semanas después

—¡Jenny! ¡Jenny, ya estamos aquí!

Jennifer sonrió al oír la voz de Rowdy. Estaba tomando el primer café de la mañana y, normalmente, aquél era el único momento tranquilo hasta que llegaban los otros niños. Pero Tim, Rowdy y Cilla no eran como los otros niños. Qué tenían ellos que no tuvieran los demás, era algo que aún no entendía. Quería a todos los que cuidaba, pero los niños de Noah Brannigan se le habían metido en el corazón. Quizá porque esa familia la necesitaba tanto.

No, los niños la necesitaban tanto. Noah sólo necesitaba que cuidara de ellos.

Jennifer había ido a su casa dos veces en esas seis semanas y sólo para mostrarle el plano de la ampliación del porche. Y él la había llamado una vez para decir que el Ayuntamiento había dado el permiso de obra y de nuevo para decir que empezaría a trabajar aquel mismo día.

Y en aquel momento estaba en el jardín, cortando maderas para hacer la casita.

—Había pensado hacerla con Tim —le había dicho.

Pero Tim no pensaba clavar un solo clavo con su padre. Ya no se escapaba tan a menudo, sólo un par de veces desde que apareció en el patio de su tío, pero no pensaba dejar de castigar a su padre por sus invisibles crímenes.

—¡Jenny, ya estoy aquí! —gritó Rowdy, entrando en la cocina —. ¿Te alegras?

—Claro que me alegro —se rió Jennifer—. ¿Tienes hambre?

El niño asintió con la cabeza, aunque Jennifer estaba segura de que Noah les habría dado el desayuno antes de salir de casa.

Parecía un niño tan feliz... Cilla y Tim la necesitaban mucho más que él, pero Jennifer lo vigilaba, por si acaso.

—Tostadas con mantequilla y mermelada entonces.

Cilla dejó escapar un suspiro. Después de seis semanas, la niña aún no se atrevía a pedir lo que quería.

—Galletas de chocolate para Cilla, claro.

Ella sonrió.

Noah llamó a la puerta en ese momento, discreto y serio, el constante recordatorio de la pared que había entre ellos.

—Buenos días, Jennifer.

—Buenos días. Acabo de hacer café. ¿Te apetece una taza?

—Sí, gracias.

Jennifer tragó saliva. No podían decirse nada, pero se lo decían

todo con los ojos. Y se agarraba a aquella noche, a aquellos momentos juntos sobre la hierba, como si hubieran hecho el amor; eso era lo único que iba a tener. Siempre recordaría su sonrisa, cómo apretaba su mano...

Se apartó de él entonces, como si fuera otro padre llevando a sus hijos o un carpintero haciendo algún trabajo en casa. Era una atracción absurda y no podía dejarse llevar.

Entonces, ¿por qué sentía como si la tocase aunque estuviera a metros de distancia? No había vuelto a rozarla desde aquella noche.

—Aquí está el pan —dijo Tim, el perfecto perro guardián, mirándola a los ojos.

—Gracias.

Pobrecillo, necesitaba una madre mucho más que Cilla y Rowdy, pero se escondía detrás de una barrera creada por él mismo, impidiendo que lo abrazara porque era una mujer y, por lo tanto, una amenaza a su seguridad.

Su madre no era sólo un recuerdo distante; su promesa era lo único que le quedaba de Belinda.

Con una sensación de fatalidad, Jennifer se dispuso a preparar el desayuno. Ella era la encargada de cuidar de los niños, sólo de cuidar de los niños...

Noah masculló una palabrota que nunca diría delante de sus hijos mientras arrancaba un tablón. Trabajaría hasta quedar agotado si eso era lo que hacía falta para contener los deseos de su cuerpo, los murmullos de su corazón.

Cada vez que veía a Jennifer sentía algo por dentro... saber que estaba a unos metros de su casa, preguntándose qué haría, qué estaría pensando, hacía que sus deseos masculinos se desmandaran. Cuando iba a buscar a los niños, ver cómo los besaba y comprobar las barreras que los separaban, que los separarían siempre, lo destrozaba.

Por las noches revivía aquel momento bajo las estrellas... la noche en la que no se habían dicho nada pero se lo habían dicho todo.

Muchas veces despertaba, sobresaltado y cubierto de sudor. Eso cuando no tenía que ir a consolar a su hijo después de alguna de sus pesadillas.

Tim rara vez le dirigía la palabra, pero lo vigilaba constantemente.

Pero no sabía lo que Jennifer sentía por él; lo trataba como a los demás padres, ofreciéndole un café, una sonrisa. Nada más. Siempre parecía tan serena, tan segura de sí misma...

—¿Quieres un café, Noah?

El volvió la cabeza. Un café, eso era todo lo que iba a darle.

—No, gracias. Había pensado empezar con el porche a las cuatro, si te parece bien.

—Sí, claro —contestó Jennifer. Entonces se dio cuenta de que tenía una astilla clavada en el dedo—. Voy a buscar unas pinzas y un antiséptico. Pero... le diré a Tim que te los traiga.

Él asintió con la cabeza.

—¿Tiene que ser así, Jennifer? —murmuró, odiando la distancia que había entre ellos.

—Sí, tiene que ser así —contestó ella, sin mirarlo—. Voy a ver qué hacen los niños. He dejado a Tim cuidando de ellos, pero el autobús está a punto de llegar.

—Está vigilándonos desde la ventana.

Jennifer no cometió el error de mirar.

—Pues muy bien. No pasa nada. No es sólo por Tim, Noah.

—¿No? ¿Entonces por qué?

—No hace falta que lo sepas. Sencillamente, eres el padre de tres niños de los que me he enamorado. Nada más.

No hablaba de lo que desearía, de cómo le gustaría que fueran las cosas. Sencillamente, entendía cuál era la realidad. Noah no sabía por qué esa verdad lo obligó a rebelarse, pero se incorporó y fue hacia ella dispuesto a tomarla entre sus brazos y demostrarle que no era cierto.

Un movimiento en la ventana lo detuvo en seco.

—Tengo buenas razones para no querer a otro hombre en mi vida, Noah. No te preocupes, no voy a echarte los brazos al cuello. No tengo la intención de hacer el ridículo.

¿Hacer el ridículo? Si le echase los brazos al cuello, Noah saltaría de alegría. Su sola presencia, su sonrisa, lo volvían loco.

—Mi autobús está a punto de llegar.

Tim hizo el anuncio desde la ventana y Noah se maldijo a sí mismo. El niño debía de haberla abierto para escuchar la conversación.

—Cierra la ventana, hijo. No tenías por qué cotillear. Si querías oír la conversación, podías haber salido al porche y hacerlo honestamente.

—Sí, papá —Tim no se molestó en mirar a su padre—. Cilla y Rowdy están viendo *Barrio Sésamo*, Jen. ¿Puedo irme ya?

—Sí, claro. Gracias por tu ayuda.

Su voz era tan cálida como la del niño. La admiración mutua parecía haber aumentado tras su afirmación de que no iba a robarle a su padre. Al niño le gustaba Jennifer; Cilla y Rowdy la adoraban. Y ella los quería a todos

Él era el único que se había quedado fuera.

No podía mirarla. La vida ya era demasiado dura. No necesitaba ver todo lo que nunca podría tener.

—No te molestes con las pinzas, ya me he sacado la astilla.

Jennifer no contestó.

—¡Ay, por favor! —exclamó Kate, la madre de Jacey, al día siguiente. Era la última madre del día y ella, como las demás, casadas o solteras, había reaccionado de la misma forma.

Miraba a Noah como si fuera maná caído del cielo.

A la luz del atardecer, Noah estaba arrancando tablones en el jardín. Llevaba unos vaqueros que se ajustaban a sus poderosas piernas y botas de trabajo. Su torso desnudo y sus bíceps de atleta estaban cubiertos de sudor. Las puntas de su cabello castaño brillaban como el fuego.

—Jen, qué suerte tienes —dijo Kate, mirando lo que Jennifer había intentado no mirar durante una hora—. ¿Cómo puedes vivir al lado de eso, tenerlo ahí todo el día y no meterte en la cama con él?

—Calla —susurró Jennifer, mirando hacia el salón, donde Tim estaba viendo una película.

—Venga, chica. ¿Has perdido las hormonas? ¿No me digas que no te pasas horas mirando esa maravilla? Hazme un café y cuéntamelo todo. Te juro que si no fuera feliz con Nick...

¿Cuántas veces iba a oír lo mismo aquel día? Como si ella necesitara ánimos.

Después de, por fin, despedir a Kate y a Jacey, Jennifer dejó escapar un suspiro. Nadie en todo el pueblo creería que no eran amantes. Ni una sola persona dejaba de imaginar cosas que Jennifer no podía apartar de su cabeza.

Y ahora, con él allí, medio desnudo...

Como Kate, como Annie y Olga y todas las demás madres, Jennifer estaba hipnotizada. A través del cristal de la ventana, recibiendo los últimos rayos del sol, parecía un dios pagano.

Intentando comportarse, sólo lo había mirado de reojo un par de veces mientras tejía su colcha de retales. Pero no podía dejar de pensar en él.

Tejer colchas era algo que podía hacer en cualquier parte. Una actividad que había aprendido en el hospital, durante las múltiples estancias de Cody. La mantenía ocupada y centrada en algo, especialmente cuando estaba muy cansada o particularmente negativa.

A menos que hubiera una tentación dorada en forma de hombre al otro lado de la ventana, inclinándose para cortar maderas, con unos vaqueros ajustados que parecían acariciar su trasero...

¡Tenía que parar!

Tras clavar la aguja en la tela, Jennifer dobló la colcha y se levantó, desesperada.

—Vamos a jugar al escondite antes de que se haga de noche.

—¡Sí, sí! —gritaron Rowdy y Cilla.

Jennifer miró a Tim, que no había apartado los ojos de la televisión.

—Si te quedas aquí voy a encontrarte enseguida. Y Rowdy estará recordándotelo toda la noche.

Riendo, Tim corrió hacia la puerta. Después de contar muy despacio hasta veinte, Jennifer gritó:

—¡Voy a buscaros!

Como siempre, Rowdy no pudo evitar una risita, delatándose al hacerlo.

Siempre dejaba que Tim o Cilla ganasen. A Rowdy no le importaba perder. Le gustaba seguir la búsqueda con ella y una vez le había dicho: «a Tim le gusta ganar». Que un niño de tres años tuviera tal autoestima y tal intuición la dejó sorprendida. Además, era un testamento de lo bien que Noah educaba a sus hijos a pesar de todas las adversidades.

La asombraba que Noah no se diera cuenta de lo buen padre que era.

—¡Voy a buscaros, niños! —volvió a gritar. Y enseguida oyó la risita incontenible de Rowdy detrás de unos arbustos.

—¡Ajá, te pillé!

El niño se echó en sus brazos, muerto de risa.

—Vamos a buscarlos, Jen —dijo, dándole la mano.

Cuando llegaron a la parte de atrás, Noah volvió la cabeza con una sonrisa en los labios... y Jennifer dio un tropezón. Actuando por instinto, tiró de la mano de Rowdy para que cayera sobre ella en la húmeda hierba.

—¿Qué haces? Pensé que yo era el patoso —se rió Noah.

Su voz sonaba cerca. Muy cerca. Jennifer volvió la cabeza y se encontró con los burlones ojos azules.

—¿Por qué crees que trabajo con niños? —las palabras le salieron ahogadas—. He decidido usar mi torpeza congénita para ganarme la vida. A los niños les gusta que meta la pata.

—Eso me suena —se rió él, ofreciéndole su mano—. Pero al menos esta vez no te has tirado un cajón encima.

De pie, Jennifer se encontró en contacto directo con su bronceado y desnudo torso. Olía a tierra, a hierba y a madera. Y a hombre. Su piel desnuda brillaba de honesto sudor...

No debería mirarlo, pero...

Noah vio en sus ojos un deseo que no podía ocultar. Y una

ternura indecible. La voluntad contra el deseo, el deseo contra la razón. Y sus manos, como por voluntad propia, se movieron para tocarla…

—¿No vamos a buscar a Tim y a Cilla?

La pregunta de Rowdy sacó a Jennifer de su estupor. Sacudiendo la cabeza, miró al niño con una sonrisa en los labios. No podía hablar. Apenas podía respirar.

Noah dio un paso atrás sin decir una palabra, pero tenía una sonrisa en los labios.

Con las piernas temblorosas, Jennifer tomó a Rowdy de la mano y se dirigió hacia el otro lado de la casa.

Y él, sabiendo lo asustada que estaba, volvió a trabajar. Afortunadamente, Tim no había visto la escena. Si Rowdy no los hubiera interrumpido, la habría abrazado y…

Tendría que trabajar sin parar, se dijo. Sólo así podría dormir esa noche.

Capítulo 5

TIM entró en la casa con su habitual actitud pasivo-agresiva y Noah supo lo que iba a decir antes de que lo dijera:

—Papá, ha llegado una de esas cartas otra vez.

Los niños siempre lo dejaban solo mientras leía *esas cartas*. Aunque no sabían lo que significaban.

Noah se la llevó a la cocina y sacó una cerveza de la nevera. Las llamadas de teléfono eran positivas, alguien que creía haber visto a Belinda... pero las cartas siempre llevaban información negativa.

Querido señor Brannigan,

Lamento informarle de que hemos encontrado a la mujer en cuestión y es imposible que sea su esposa. Su nombre es Sandra Langtry y vive en el Parque Nacional de Broadwater con su familia. Lleva dieciocho años viviendo allí y en los doce últimos años ha tenido cuatro hijos...

Las palabras se convirtieron en un borrón.

Todo había terminado. La única pista en los últimos dieciocho meses y no había conducido a ninguna parte.

Noah se tomó la cerveza de un trago, pero no le sirvió de nada. El alcohol no podía calmar su dolor, la sensación de que un capítulo de su vida que debería cerrarse seguía abierto. El frío viento de la incertidumbre, del abandono, la sensación de estar bajando por una escalera oscura volvía a ahogarlo.

A menos que hiciera algo al respecto.

Tras cerrar la puerta de la cocina, Noah levantó el auricular del teléfono para hacer una llamada que debería haber hecho un año antes.

Una semana después

Tenía que dejar de mirarlo. Aquello era ya casi una perversión. Aunque no quería, encontraba razones para sentarse cerca de la ventana o para mirarlo cada vez que pasaba.

Que era demasiado a menudo.

Pero aquel hombre era tan bello como la personificación del David de Miguel Ángel...

¿No iba a acabar nunca esa ola de calor?, se preguntó Jennifer. Habían pasado nueve días; nueve días de interminable sofoco, con Noah quitándose la camisa para trabajar...

Si se dejara la camisa puesta, no sería tan difícil. Podría dejar de mirar aquella piel bronceada y cubierta de sudor, esas sonrisas que le dedicaba cada vez que pasaba por delante con los niños.

Pero no.

De modo que tenía que echar mano del plan B: apartarse de la línea de fuego.

—Voy a sentarme en la mecedora del porche —anunció a los niños.

Sí, allí estaría más segura. Además, durante la última semana Tim había empezado a participar más en los juegos... y a desaparecer menos. Parecía haber aceptado su vida en Hinchliff y empezaba a portarse más como el hermano mayor, en lugar de gritar a los niños todo el tiempo. Pero Jennifer no sabía a qué era debido el cambio.

—¿Será el colegio?

—¿Qué?

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Noah estaba a su lado, en el porche. ¿Por qué no se ponía la camisa?

—No, estaba hablando sola... me preguntaba si el cambio que se ha producido en Tim será debido al colegio.

—No lo sé, eso espero. Bonita colcha. Bonita y suave. Y me gusta mucho el dibujo marrón.

—Es un patrón muy popular por aquí... —Jennifer se abanicó con la mano—, y como estamos en otoño...

—¿Te pasa algo? ¿Te está afectando el calor?

Cuando le hablaba así, en ese tono tan cariñoso, se olvidaba de todo. Del pasado, del dolor, de todo salvo del deseo que sentía por él.

«No puedes tenerlo. Ni siquiera puedes tocarlo».

—Debería ser yo quien te hiciera esa pregunta, ya que estás todo el día sin camisa —replicó, airada—. Si te la pusieras no me pincharía tantas veces con la aguja... —Jennifer no terminó la frase, horrorizada.

Él estaba mordiéndose los labios, pero no podía disimular una sonrisa. En sus ojos había un brillo de burla y algo más profundo y, definitivamente, masculino.

—No sabía que eso te molestase. Me la dejaré puesta, no te preocupes.

Jennifer había cerrado la boca. Pero después de dos semanas deseando que se pusiera la maldita camisa, deseó no haber dicho nada.

Noah, en cambio, la miraba pensativo. Era curioso que la primera vez que la vio le pareciese una mujer normal. Como las flores del campo; eran bonitas, pero uno podía verlas por todas partes. Ahora, sin embargo, le parecía la mujer más bella del mundo. La suya era una belleza que no podía crearse con maquillaje. Estaba en el brillo de sus ojos, en su expresión, en cómo

ladeaba la cabeza cuando hablaba con él... y tenía una sonrisa radiante, sobre todo cuando jugaba con los niños o se apartaba la coleta.

Si él pudiera tocar esa coleta, si pudiera tocarla toda. Ser libre de tocarla, ser un hombre otra vez...

Los niños estaban jugando en una alfombra de plástico que Jennifer había colocado sobre la hierba y regado con la manguera para que pudieran deslizarse como en un tobogán.

—¿Vamos a jugar con ellos? —sugirió.

Jennifer asintió con la cabeza.

—¡Vamos a hacer el tren! —gritó Noah—. ¡Os voy a ganar a todos!

Cuando vio que Cilla y Tim corrían para colocarse los primeros se le encogió el corazón. Sus hijos iban a jugar con él...

Noah tropezó deliberadamente y cayó sobre la hierba mojada.

—¡ Porras !

Cuando levantó la cara manchada de barro, sus hijos se partieron de risa.

—¡Levántate, Brannigan! ¡Tenemos que hacer el tren!

Noah sonrió al ver a Jennifer mirándolo como una impaciente maestra de escuela. Ella le ofreció su mano, pero cuando estaba levantándose lo soltó, dejando que cayera sobre la hierba de nuevo.

—¡Ja!

Rowdy y Cilla se partían de risa.

—¡No se puede levantar solo! —gritaba Tim.

Noah miró a la instigadora de la escena, que le hizo un guiño conspirador.

—Me las pagarás —la amenazó.

—Promesas, promesas —bromeó Jennifer—. Poneos en fila, niños. Vamos a hacer el tren. Y esta vez yo soy la conductora.

Con una sonrisa, Noah se levantó y se unió a Tim, que se había colocado el último...

Que Jennifer hubiera evitado que la tocase al ponerse la primera le daba igual. Durante media hora tenía a su familia con él, a su familia feliz, y ése era un regalo maravilloso.

Otro milagro de Jennifer March.

—¡Tío Joe, ya estamos aquí! —gritó Rowdy—. Hemos venido a buscar a Timmy.

El tío de Jennifer salió al patio donde guardaba un montón de chatarra.

—Hola, pequeñajo —lo saludó, con el tono de un viejo pirata—. Ah, señorita Cilla... ¿cómo está la niña más guapa de Hinchliff?

—Bien —sonrió la niña.

—Te he llamado por teléfono, pero no contestabas —dijo Jennifer entonces—. ¿Está Tim aquí?

Joe asintió con la cabeza.

—Llegó hace media hora, pero me dijo que su padre le había dado permiso. Ya veo que no es así —dijo, suspirando—. Está de mal humor, Jenny. Ni siquiera deja que yo le ayude. Sólo quiere poner tornillos en una pieza de metal... ¿qué te parece si lo llevo a su casa a la hora de cenar?

Jennifer dejó escapar un suspiro.

—Ven a cenar tú también. Puede que eso ayude.

—Esta noche hay un partido de los Swans. Podría quedarse a cenar conmigo... Es viernes, así que no tendrá que hacer deberes.

—No sé, se lo preguntaré a Noah.

—Le sienta bien estar aquí, Jenny —dijo su tío en voz baja—. Y a mí también. Tenemos un par de proyectos en mente...

—Lo sé, tío Joe.

—En cierto sentido, es demasiado mayor para su edad. En otros, es muy niño. Creo que somos almas gemelas.

—Yo diría que sí —se rió Jennifer.

Media hora después, Jennifer volvía a casa con los niños. Pero Tim no iba con ellos.

—¿Dónde está Tim? —preguntó Noah.

—Mi tío Joe y él están trabajando en un proyecto —contestó ella —. Lo ha invitado a cenar y a ver un partido de los Swans... si no te importa. Lo traerá después del partido.

Noah lo pensó un momento y después asintió con la cabeza.

—¡Papá, Jen me ha llevado a ver un museo de muñecas! —gritó Cilla.

—¿Un museo de muñecas?

—Sí, es de una amiga mía. Lleva años recogiendo muñecas viejas y arreglándolas hasta que quedan como nuevas. Ahora tiene un museo en casa.

—¿Quieres ir conmigo mañana a ver las muñecas, papá? —preguntó Cilla.

Cilla quería estar con él. Lo estaba invitando...

Noah tuvo que tragar saliva, emocionado.

—Es una cita —asintió, solemnemente.

—Jenny, tengo hambre —dijo Rowdy entonces, con la expresión angelical con la que siempre conseguía todo lo que quería.

Riendo, Jennifer le ofreció su mano.

—Vamos a cenar entonces. ¿Qué tal hamburguesas con patatas fritas?

—¡Sí! —gritó el niño, antes de entrar corriendo en la casa. Unos

segundos más tarde, después de una ligera vacilación, Cilla lo siguió.

—¿Entonces te parece bien que Tim cene con mi tío?

—Sí, claro. Si eso lo hace feliz.

—Está mucho mejor que al principio, ¿no te parece? Su profesora me ha dicho que en clase se porta mejor y cada día es más dulce con sus hermanos. Dentro de nada se pondrá a trabajar contigo en la casita, ya lo verás.

«No a menos que encontremos a Belinda», pensó Noah.

Pero no podía culpar a Jennifer por no entenderlo. Tim empezaba a portarse de forma normal con los demás, pero sólo volvería a confiar en él si Belinda regresaba a casa... y Noah había dejado de creer que eso pudiera pasar. Tim lo culpaba por la desaparición de su madre y, a menos que ocurriera un milagro, no había forma de cambiar eso.

—Sé que tú quieres algo más —siguió Jennifer—. Quieres que se cure, que acepte lo que ha pasado, pero es un niño.

—Ya sé que es un niño. Y sé también cuánto puede hacerte sufrir un niño —replicó él, amargado.

—Quieres que deje de estar resentido por perder a su madre, pero tú eres su padre... ¿a quién más podría culpar? Tim te quiere, Noah. Y lo tienes a tu lado. Eso es un milagro.

Noah se dio cuenta entonces de que estaba temblando.

—¿Te encuentras bien?

—Perdiste a Belinda, sí, pero sigues sin apreciar lo que te ha regalado la vida. Hay miles de personas que esperan años y pagan una fortuna por tener lo que tú tienes... una familia. Tienes tres hijos maravillosos que te adoran a pesar de los problemas. Yo daría la vida por tener eso.

Después, Jennifer entró corriendo en la casa, dejándolo atónito. Pero tenía razón. Tanta razón que se sintió avergonzado. Sus hijos eran un regalo del cielo y haberse mudado a Hinchliff y contar con la ayuda de Jennifer era un milagro.

Su vida, a pesar de todo, era una bendición.

Pero lo que de verdad lo había afectado era cómo lo había dicho Jennifer. Había tal pasión en su voz...

Por primera vez la veía no sólo como una mujer, sino como una persona: una persona cuya empatía y fuerza se debían a una pérdida tan profunda y tan dolorosa como la suya.

Durante todo aquel tiempo Jennifer había estado preocupándose por él, pero él no la había escuchado siquiera. Estaba tan asustado que se había perdido todas las señales.

En aquel instante, con los niños despiertos, no era el momento de hablar. Pero la primera pieza del rompecabezas se había

colocado en su sitio y, a juzgar por la angustia que había en su voz, Jennifer necesitaba hablar con alguien.

Desesperadamente.

Capítulo 6

NO DEJABA de mirarla. Cuando creía que ella no se daba cuenta, Noah la miraba...

Y eso la estaba desquiciando.

Luego insistió en ayudarla a bañar a Cilla y a Rowdy. Incluso la ayudó a secar los platos.

Y era muy difícil portarse con naturalidad cuando Noah Brannigan la miraba de esa forma.

«Eres una mujer fuerte», se dijo. «No necesitas apoyarte en un hombre, no necesitas una familia. Puedes estar sola y no pasa nada».

Podía temblarle la mano, pero era un temblor apenas visible. Esa vez lo tenía controlado.

Pero Noah seguía mirándola y era como una bomba de relojería.

—Deberías cortarte el pelo —le dijo, nerviosa.

—Sí, llevo unos días pensando en hacerlo, pero no he tenido tiempo.

—Yo puedo cortártelo si quieres. Estudié un año de peluquería antes de decidir que no era lo mío.

—Y si decidiste que no era lo tuyo, ¿por qué iba a confiarte mi pelo? —bromeó Noah.

—Aprendí lo suficiente como para hacer un buen corte, listo. Pero da igual. Tienes que trabajar y...

—No, en realidad, te agradecería que me lo cortases.

—Bueno, entonces siéntate.

¿Por qué se había ofrecido a cortarle el pelo? ¿No había decidido alejarse de él?, se preguntó Jennifer, enfadada consigo misma. ¿Una mujer fuerte? ¿Entonces por qué estaba dándole un masaje en el cuero cabelludo, tan cerca, con la espalda masculina rozando su estómago?

—Me gusta el masaje, es muy relajante.

—Se supone que hay que hacerlo... para activar la circulación —murmuró ella, tomando las tijeras.

Mientras le cortaba el pelo, aquel pelo tan bonito, no dejaba de desear que Noah se diera la vuelta, que la mirase, que la tomara entre sus brazos y...

—Bueno, creo que ya está.

Noah se miró al espejo.

—Buen trabajo. Gracias, Jennifer.

—De nada —contestó ella—. Pero se ha hecho de noche. No creo que puedas seguir trabajando.

—He traído un farol que tenía en casa. Quiero seguir trabajando

hasta que vuelva Tim.

—Ah, muy bien. Yo voy a barrer esto.

—Si necesitas algo, llámame.

—¿Qué voy a necesitar?

—No lo sé... a lo mejor te apetece hablar con alguien. Es evidente que necesitas hablar, Jennifer —se atrevió a decir Noah.

—¿Por qué dices eso?

—Por lo de antes...

—¿A qué te refieres?

El dejó escapar un suspiro.

—Me has dicho todo lo que yo hago mal y tienes razón. Pero hay algo que no me has contado sobre ti misma y, aunque no lo creas, estás deseando hacerlo.

Jennifer apartó la mirada.

—¿Crees que soy tan débil que tengo que contarle mis problemas personales a un hombre que es prácticamente un extraño?

Noah hizo una mueca de sorpresa.

—No, creo que eres la mujer más fuerte que he conocido nunca. Y sé que no somos extraños. Pero tengo la impresión de que estás empezando a derrumbarte, Jennifer. Y eres demasiado fuerte y demasiado orgullosa como para reconocerlo —le dijo—. Hasta los más fuertes se derrumban alguna vez y todos necesitamos ayuda. No es nada malo. Si yo hubiera pedido ayuda antes de que Belinda desapareciera, cuando estaba tan deprimida que no se levantaba de la cama, mis hijos seguramente aún tendrían a su madre.

Jennifer sintió un escalofrío. Lo que estaba diciendo era tan cierto...

—Le has dado mucho a mi familia —siguió él, levantando una mano para acariciar su cara—. No te estoy pidiendo nada más, sólo que me dejes ayudarte como tú me ayudas a mí. Yo te sujetaré, Jennifer, no te dejaré caer.

El roce de la mano masculina era tan cálido...

—Si voy a caerme, deja que lo haga. No puedes salvarme, Noah. No tienes derecho a hacerlo.

Él apartó la mano inmediatamente.

—Gracias por la cena... y por el corte de pelo.

—De nada. Sólo han sido unas hamburguesas.

Noah se pasó una mano por la cara.

—Mis hijos te quieren, Jennifer. Y no sabes lo que significa para mí verlos reír de nuevo. Sé que no tengo derecho a pedir nada más y no pienso hacerlo... pero al menos deja que sea tu amigo.

—¿Es que no lo entiendes? No podemos ser amigos —replicó ella.

Luego entró en su habitación y cerró la puerta antes de que Noah destrozase por completo la ilusión de que era feliz, de que estaba contenta con su vida.

Suspirando, se acercó a la ventana. Sabía que Noah estaba allí, trabajando en el porche. Sólo con saber que estaba tan cerca le temblaban las piernas. No había hecho nada más que pensar en él desde el día que se conocieron...

Amantes. Si se quedaba en su casa una semana más, pasaría. Estaba segura. Y Noah tenía que saberlo tan bien como ella. El brillo de sus ojos, la tensión que había en él cuando estaban cerca le decía que no se equivocaba. Un roce, un beso y estarían perdidos. Ella había amado a Mark durante años y había disfrutado de su intimidad con él. Pero un solo roce de Noah y se sentía viva, tan encendida que no podía pensar en nada.

Una caricia más y se convertirían en amantes...

Una aventura hermosa, pero breve. Un hombre que seguía casado no podía hacer promesas de futuro. ¿Y si Belinda aparecía?

Jennifer cerró los ojos. Por primera vez, no se le rompía el corazón por Cody o por su matrimonio fracasado.

Noah, Tim, Cilla, Rowdy. Daría lo que fuera por estar con ellos más tiempo. Por tocar a Noah... pero sabía que tarde o temprano los perdería.

Y el dolor de perderlos sería el mismo dolor, la misma agonía, que había experimentado dos años antes.

Estaba loca por los cuatro Brannigan. Le habían robado el corazón... pero eran de otra mujer. Una mujer más viva en su ausencia que cuando estaba con ellos.

Joe llevó a un Tim medio dormido a casa después de las diez. Sonriendo, sin duda porque lo había pasado bien con Joe y porque Jennifer y su padre no estaban juntos, el niño lo saludó alegremente.

—¡Han ganado los Swans! Ha sido un partido tremendo. ¡Qué tensión!

Noah soltó una carcajada.

—¿No me digas?

—Sí, voy a contárselo a Jennifer...

Cuando el niño entró en la casa, Joe se acercó, pensativo.

—Tratan a Jennifer como si fuera su madre, ¿no?

Noah asintió con la cabeza.

—Son tan pequeños... Aún necesitan una madre.

—Y tú necesitas alguien que los cuide. Que te hayas venido a vivir a Hinchliff es una situación ideal para todos, ¿no te parece?

—Dilo, Joe —sonrió Noah—. Estoy demasiado cansado para

adivinanzas.

—¿Jenny te ha hablado sobre su pasado, sobre por qué vino aquí?

La pregunta, tan directa, lo pilló desprevenido.

—Sólo sé que está divorciada. Pero prefiero que no me cuentes nada, Joe. Ella me lo contará, si quiere.

—Ese es el problema —suspiró el hombre—. Y lo que tú no entiendes. Jenny nunca le cuenta nada a nadie. Ni siquiera se lo contó a sus padres cuando estaba pasando. Si te lo cuenta a ti será porque… significas mucho para ella. Y puede que tú quieras escucharla y ayudarla durante algún tiempo. Pero cuando no encuentres lo que has venido a buscar aquí y sigas adelante, y los dos sabemos que lo harás, cuando te vayas y te lleves a los niños, a Jennifer se le romperá el corazón.

«Se le romperá el corazón». No era una amenaza, ni un aviso. Era la constatación de un hecho.

A Jennifer se le rompería el corazón y él sería el responsable. Noah no sabía qué decir ni qué hacer.

—No sólo quieres que cuide de tus hijos, ¿verdad? Quieres tener algo con mi Jenny… al menos por el momento. Pero hasta que seas libre del todo, hasta que sepas qué ha sido de tu mujer y hayas solucionado tu problema con Tim, por favor, no juegues con mi sobrina.

—Yo no…

—La atracción que hay entre vosotros es tan fuerte que cualquiera se daría cuenta —lo interrumpió Joe—. Jenny está soñando. Y quiere tanto a tus hijos… como una madre.

Joe tenía razón y Noah lo sabía. Nunca podrían ser amigos. El deseo que sentía por ella era una agonía cada día más insoportable. Podía imaginarse a sí mismo viejo y cansado y aún deseando a Jennifer March. Y no sólo en su cama. Pero si se arriesgaba podría destruir a su familia.

O lo uno o lo otro. O Jennifer o su hijo. Los dos tan frágiles… Aunque quería a Tim con toda su alma, el resentimiento que empezaba a sentir por él era tan terrible que se sentía avergonzado. ¿Durante cuántos años tendría que estar solo para que su hijo fuera feliz? ¿Iba a tener que enterrarse en vida? Porque dejar a Jennifer atrás sólo le llevaría a una vida de soledad y remordimientos…

—Tío Joe, ¿quieres un café?

Noah levantó la mirada. Jennifer había oído la conversación. O, al menos, parte de la conversación. Noah la necesitaba, pero ése no era el verdadero problema. ¿Lo necesitaba Jennifer? ¿Qué necesitaba ella?

Había sufrido mucho y él sólo estaba aumentando su

sufrimiento.

Nada de aquello era culpa de Jennifer. Nada podía cambiar para ellos mientras siguiera casado con Belinda… y mientras dejase que los miedos de Tim dominasen la vida de todos los Brannigan. Mientras dejase que el fantasma de Belinda los dominase a todos, incluso a personas que nunca la habían conocido.

Sólo había una alternativa: cerrar aquel capítulo de su vida para siempre. Y tenía que encontrar la manera de hacerlo.

Capítulo 7

TENÍA que hacerlo. Tenía que hacerlo por Cilla y por Rowdy. Noah estaba en la puerta de una clínica privada en Lismore, a una hora de Hinchliff.

Maggie Horner, Asistente Social y Asesora Psicológica.

Tras la desaparición de Belinda había visto a todos los profesionales de la medicina que pudieran ayudarlo con su obsesión de haber sido un mal marido y peor padre, pero quizá debía intentarlo una vez más...

«No es culpa tuya, sólo eres humano. No puedes hacerte responsable de todo lo que vaya mal en la vida de la gente que te rodea».

Eso era lo que solían decirle. Pero... ¿cómo iban a ayudarlo? ¿Qué sabían ellos, por mucha experiencia que tuvieran? ¿Los había dejado su mujer con tres niños de menos de seis años?

«Esto no es para mí», pensaba. «Tengo que aprender a tratar con Cilla y Rowdy por mí mismo. No puedo dejárselo todo a Jennifer. No es justo».

Aun así, Noah empujó la puerta... y se quedó inmóvil al ver a la mujer que estaba en la sala de espera.

—Jennifer...

—Noah...

En ese momento una joven salía de una de las consultas.

—¿Señor Brannigan? ¿Señorita March? Soy Rachel Howe, la ayudante de Maggie Horner. Lo siento mucho, pero Maggie ha tenido que salir a atender una urgencia...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jennifer.

—Se ha ahogado un niño.

—Dios mío...

—Lo siento, señorita March —se disculpó Rachel—. No debería haberle dicho nada. Sé lo de la muerte de su hijo y...

Jennifer se puso tan pálida que Noah pensó que iba a desmayarse.

—Lo siento, señorita March —volvió a disculparse la joven, que parecía cada vez más confusa—. Perdone, yo...

—No pasa nada, no es un secreto de estado.

—Cuando comprobamos que eran vecinos, Maggie intentó ponerse en contacto con los dos para que vinieran más tarde, pero ha sido una cosa de última hora. Pueden tomar un café mientras esperan. Hay una terraza muy bonita aquí al lado...

—¿Nos vamos, Jennifer? —la interrumpió Noah. Estaba perplejo, pero intentaba disimular. Jennifer había perdido un hijo...

«Yo daría la vida por tener lo que tú tienes».

Ahora lo entendía todo.

—¿Quieres un café o prefieres comer algo? Es casi la una.

—Creo que vomitaría si comiese ahora. Pobres padres, pobre niño…

—Sí, es verdad —suspiró él, tomándola del brazo—. Sólo nos damos cuenta de la suerte que tenemos cuando pasa algo así.

—Para eso habías venido a la clínica, ¿no? Para solucionar tu problema con los niños.

—Sí, claro. Yo no tengo secretos —suspiró Noah—. ¿Cuántos años tenía tu hijo?

—Tres —respondió Jennifer, sin mirarlo.

Él cerró los ojos un momento. Ahora entendía el brillo de dolor de sus ojos. Por eso había mirado a Rowdy como lo hizo el primer día.

—Se llamaba Cody James McBride.

—Cody, bonito nombre.

—Lo eligió Mark, mi ex marido, pero a mí también me gustaba mucho. Murió de fibrosis quística. Se ahogó… fue como si se ahogara. Sus pulmones no podían ensancharse más.

Hablaba como si fuera algo que hubiera ensayado para una obra de teatro y Noah se preguntó cuántas veces habría tenido que explicarlo.

—Lo siento muchísimo. ¿Cuánto tiempo hace que vienes a estas sesiones?

—Empecé a hacerlo en el hospital de Newcastle, cuando descubrí la enfermedad de mi hijo.

«Empecé», no «empezamos». De modo que lo había hecho sola. Mark McBride la había dejado sola en el peor momento de su vida.

—¿Y seguiste haciéndolo cuando te mudaste a Hinchliff?

Jennifer se encogió de hombros.

—Algunas sesiones de vez en cuando, cuando siento que me hacen falta.

Habían llegado a la terraza y, después de sentarse bajo una sombrilla, pidieron dos cafés.

—¿Por qué no has vuelto a casarte?

Jennifer se apartó un mechón de pelo que el viento había lanzado sobre su cara.

—Cuando nació Cody y descubrieron su enfermedad nos hicieron pruebas para ver quién era el portador… había historial de fibrosis quística en mi familia y en la de mi ex marido, pero mi genoma es tan dominante que cualquier hijo que tuviera nacería con esa enfermedad. Y yo no pienso jugar a la ruleta rusa con un niño sólo para cumplir mi deseo de ser madre.

Noah asintió con la cabeza.

—Podrías tener hijos de otra manera... con una madre de alquiler, por ejemplo.

—Sí, todas mis hermanas se han ofrecido a hacerlo, pero... ¿para qué? Yo quiero un hijo mío, no el hijo de otra mujer. Y no quiero ser...

—¿Madre soltera? No pasa nada, Jennifer. Te entiendo. Criar hijos solo no es algo que yo recomiende a nadie. Es muy difícil.

—¿Difícil? No sabes la suerte que tienes.

Noah hizo una mueca. Había vuelto a meter la pata.

—Jennifer...

—No, déjalo. Esto no es una tragedia griega. Tengo una familia estupenda, amigos que me quieren, un trabajo que me gusta. No es la vida que había planeado, pero...

—Podrías casarte con un hombre que tuviera hijos y que no quisiera tener más —Noah carraspeó. Había sonado como una proposición.

Pero Jennifer no pareció darse cuenta.

—No me casaría sólo por eso. De hacerlo, me gustaría casarme por amor. Y aunque estoy segura de que querría a los niños, no sería justo para ellos que no pudiera quererlos como quise a Cody.

—¿No crees que pudieras ser una buena madre a menos que los niños fueran tuyos? —preguntó él, atónito. Le parecía imposible. Jennifer era una mujer tan cariñosa, tan capaz de dar amor... Lo veía todos los días.

—Podría ser una buena madre. Pero no podría querer a los niños como ellos merecen que los quieran —contestó ella. Pero le temblaban los labios al decirlo.

Nunca había deseado besarla más que en aquel momento. Jennifer parecía haber dado el tema por cerrado. Le había contado la verdad sobre su hijo y no parecía amargada o furiosa con la vida. Sencillamente, había aprendido a aceptarlo.

—No deberías estar sola —insistió Noah—. Tú has nacido para ser madre.

«Y algunos niños necesitan una madre tan buena como tú».

—El mundo no es perfecto y la vida no es justa. No es justo que nazcan niños en zonas en guerra o que mueran a los tres años de una terrible enfermedad... pero la vida es así.

Era imposible. No podía aceptar ese golpe como si no hubiera pasado nada.

—Sí, claro, y supongo que cada vez que te entran ganas de llorar te pones a cantar —replicó Noah, airado. No sabía por qué, quizá porque era incapaz de entender que Jennifer aceptase su desgracia sin quejarse.

—¿Me llamarías Pollyanna si te dijera que sí?
—Probablemente.
—Entonces, me niego a decir nada. No quiero incriminarme —intentó bromear Jennifer.
—Eres una mujer asombrosa, en serio.
—Ya. Incluso los seres incorregibles como yo damos sorpresas.
Desde luego. No había dejado de sorprenderlo desde que la conocía. Lo que lo sorprendía era que su ex marido hubiera sido tan estúpido como para dejarla escapar.
«No pienses en eso». Ya era suficientemente peligroso que la viera en sueños cada noche. Si las cosas fueran diferentes... pero él seguía sin ser libre y, aunque estaba intentando cambiar eso, algunas cosas escapaban a su control.
Su juramento seguía intacto, grabado en piedra por el sufrimiento de un niño inocente. No podía tener a Jennifer. Punto y final.

—No, no vengáis a buscarlo todavía —le dijo Joe al día siguiente, en tono misterioso—. Tim y yo estamos muy ocupados ahora mismo.
Jennifer dejó escapar un suspiro. Noah estaba en Brisbane por un asunto de trabajo, pero había dicho que quería que Tim estuviera en casa cuando volviese.
Durante la última semana, el niño había pasado todas las tardes en casa de su tío Joe, con su nuevo amigo, Ethan. Y estaba tan emocionado con aquel proyecto secreto que la noche anterior apenas probó bocado durante la cena.
Pero Jennifer no sabía qué hacer.
«Venga, Pollyanna, soluciona el asunto para que todo el mundo quede contento, como haces siempre».
—Muy bien, de acuerdo.
Esperaba que Noah no se enfadase. Y que llegara a casa después de las ocho.
Pero la ley de Murphy parecía cumplirse en todo lo que se refería a ellos y, por supuesto, Noah apareció a las seis y media.
—¡Niños, ya estoy en casa! ¡Y traigo regalos para todos!
—¡Regalos! —gritaron Cilla y Rowdy, saliendo al porche a la carrera.
—Tim está en casa de mi tío Joe —se disculpó Jennifer—. Por lo visto, siguen trabajando en ese proyecto secreto y...
—Y tú no has podido decirle que no —la interrumpió Noah, con expresión cansada. Su alegría había desaparecido.
—Lo siento. Es que mi tío parecía tan entusiasmado...
—No te preocupes. Tú cuidas de Tim mucho mejor que yo, así

que vamos a dejarlo.

—Yo no cuido de tu hijo mejor que tú, lo que pasa es que eres especialista en sentirte culpable —replicó Jennifer—. Y deberías dejar de hacerlo.

—Esto es más bien una condena a cadena perpetua, pero tú puedes verlo como quieras —dijo Noah, subiendo a los niños al coche.

Jennifer se mordió los labios.

—La cena ya está lista.

—Gracias, pero ya te hemos molestado más que suficiente. No has tenido ni un minuto para ti misma en varias semanas y ya es hora de que lo tengas. Yo voy a buscar a Tim —suspiró Noah, sacando el móvil del bolsillo.

—Muy bien, como quieras.

Jennifer consiguió sonreír mientras se despedía de los niños con la mano.

—¿Joe? Voy a comprar algo de cena al pueblo y luego pasaré a buscar a Tim... sí, lo sé, pero tengo que ir a comprar la cena de todas formas... ¿Qué? ¿Cómo que no está en tu casa? ¿Dónde ha ido? —Noah se quedó escuchando un momento—. Es una sorpresa, ya. ¿Cuánto tiempo lleva fuera... una hora? ¿Estaba disgustado? ¿Te ha dicho algo? ¿Sabes dónde está mi hijo, Joe?

El pánico que había en su voz podría haber parecido fuera de lugar en otro padre, pero no en Noah.

Sintiéndose culpable, Jennifer subió al coche sin esperar a que él se lo pidiera.

Capítulo 8

—NO PUEDO decírtelo, de verdad. Se lo prometí al niño —estaba diciendo Joe por cuarta vez—. Estoy seguro de que no corre ningún peligro. De verdad que esta vez no se ha escapado...

—¿Crees que puedo confiar en que no le haya pasado nada? Es casi de noche y no sé dónde está —lo interrumpió Noah, sacando el móvil.

—No lo hagas, por favor. El pobre estaba contentísimo con la sorpresa. Si llamas a Sherbrooke para que vaya a buscarlo lo estropearás todo.

—¿Por qué?

Joe negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo.

—Entonces, no quiero saber nada de sorpresas. Mi hijo de ocho años ha desaparecido y tú esperas que...

—Que confíes en tu hijo, sí —lo interrumpió Joe—. Dale diez minutos más, por favor. Eso es todo lo que te pido.

—Eso es lo que hice con Belinda, esperar. Mi hijo de cinco años me llamó, asustado, porque Rowdy estaba llorando y no podía sacarlo de la cuna. Y cuando llegué a casa, mi esposa había desaparecido. Le di diez minutos y luego otros diez, esperando que se hubiera ido de compras, que hubiera salido con sus amigas... cualquier cosa menos la verdad. Y cuando tuvimos que incluirla en la lista de personas desaparecidas lo único que podía pensar era: ¿y si no le hubiera dado esos diez minutos? ¿Y si en esos diez minutos Belinda había sido raptada o asesinada? Si la experiencia me ha enseñado algo es que es mejor tener a mi hijo vivo... aunque esté enfadado conmigo. Si puedo salvar la vida de Tim, lo haré aunque me odie para siempre.

La resistencia de Joe se tambaleó como un castillo de naipes y le hizo un gesto con la mano para que hiciese esa llamada. Y Noah abrió el móvil para marcar el número del sargento Sherbrooke.

—Noah —Jennifer había puesto una mano en su brazo—. Entiendo que estés preocupado, pero antes de llamar a Fred, ¿por qué no llamas a casa de sus amigos? Puede que esté en casa de Ethan. Es sólo un niño y últimamente parece tan feliz...

Noah la miró. En Hinchliff nadie sabía nada sobre la madre de Tim. Era un niño normal que empezaba a hacer amigos. Si metía la pata ahora... todo el mundo se enteraría de la historia y empezarían a especular, como había pasado en Sidney. Y entonces Tim volvería a actuar como lo había hecho allí: «¡Voy a encontrar a mamá y así la gente dejará de decir cosas malas!» , le había gritado una vez.

—Lo siento, no puedo esperar.

Angustiado, con la misma angustia que llevaba tres años sufriendo, marcó el número de Fred Sherbrooke y le explicó brevemente la situación.

Después de colgar miró a Jennifer, que asintió con la cabeza.

—Te comprendo.

—Gracias.

—Tim volverá a casa, ya lo verás.

Jennifer estaba con él y, por primera vez en mucho tiempo, no se sentía solo. Y por eso, sin pensar en las consecuencias, Noah dio un paso adelante y la tomó entre sus brazos. ¿Podía un beso ser algo malo? Era el peor momento, el peor sitio, el peor todo. Él no era libre, su hijo había desaparecido, sus otros dos hijos estaban jugando en el patio con los juguetes que les había comprado y con su nuevo amigo Joe... Joe, que le había advertido que no debía jugar con los sentimientos de Jennifer. Sí, era el peor de los momentos.

Pero todo eso daba igual. Porque lo único que deseaba era probar sus labios. Lo único que le parecía real en toda aquella pesadilla era esa mujer.

Un momento, eso fue todo. Un breve roce. Y enseguida Jennifer se apartó.

—¡Tim! —gritó.

Noah, perdido en la ilusión de volver a ser un hombre y no sólo un padre, tardó un par de segundos en reaccionar.

Pero ya era demasiado tarde.

El niño sonriente que acababa de aparecer subido a una bicicleta con las ruedas torcidas fue inmediatamente reemplazado por el ser resentido y suspicaz, el perro guardián en que se había convertido por necesidad y por miedo.

Tim lo había visto besando a Jennifer.

—¿Has montado una bicicleta? ¡Qué maravilla!

—Suéltala, papá —dijo Tim—. ¡Suéltala!

—¿Qué? —Noah miró su mano, que apretaba la de Jennifer como si fuera un salvavidas. Luego miró a Tim y una furia tan poderosa como la de su hijo lo cegó por completo—. ¿Quién eres tú para darme órdenes? Yo soy el adulto aquí, no tú. Lo que hagamos Jennifer y yo no es asunto tuyo.

—¡Estás casado con mamá!

Noah cerró los ojos. La elección era tan clara como aterradora. Pero había llegado el momento de seguir adelante, le gustase a Tim o no.

—No fui yo quien abandonó a la familia, hijo. Mamá se marchó porque estaba triste... pero si hubiera querido volver a casa lo

habría hecho hace mucho tiempo. Y odiarme a mí y escaparte no servirá para traerla de vuelta. ¿Lo entiendes, Tim? Ahora estamos solos los cuatro.

—¡No! —gritó el niño con toda su alma—. ¡Mamá volverá a casa! ¡Me lo prometió!

—Prometió volver a casa en una hora, hijo.

Tim apretó los puños.

—¡Es culpa tuya! ¡No deberíamos habernos ido de Sidney!

—Mamá rompió su promesa hace tres años, Tim. Ella siempre supo dónde estábamos y no volvió a casa.

—¡Tú la pusiste triste! ¡Es culpa tuya!

—Sé que tus abuelos quieren hacerte creer eso, pero no es verdad —respondió Noah, haciendo acopio de valor—. Mamá estaba enferma...

—¡No!

—Tim, yo quise a mamá desde los quince años y quería que volviera a casa. Pero estaba muy enferma y las pastillas no la ayudaban, por eso se marchó. Además, si volviera a nuestra antigua casa, tus abuelos le dirían dónde estamos.

—¡No, no! —gritaba Tim, temblando—. ¡No puede porque los abuelos ya no están allí!

—¿Cómo que ya no están allí?

—¡Vete! —exclamó el niño entonces—. ¡No te acerques a mi padre!

Noah se dio la vuelta y comprobó que Jennifer estaba a su lado, con los ojos llenos de compasión.

—Tim, esta mañana era tu amiga. Que sienta cariño por tu padre no me convierte en tu enemiga.

Noah tragó saliva. «Que sienta cariño por tu padre». Entonces, no estaba equivocado.

—Tu papá tenía tanto miedo por ti que le di un abrazo para consolarlo —siguió ella—. ¿No puedo ser también amiga suya?

Tim se dio la vuelta, con el rostro pálido y angustiado.

—Papá...

Le estaba rogando que lo arreglase todo, que volviera a poner el mundo en su sitio, que lo dejase engancharse al recuerdo de su madre, lo único que le quedaba de ella. Pero Noah debía tomar una decisión. Quizá la más difícil de su vida.

—Tim, ¿qué has querido decir con eso de que los abuelos ya no están en casa?

Pero mientras hacía la pregunta tuvo un extraño presentimiento. La única razón por la que los padres de Belinda se irían de casa era... lo único que les quedaba tras la desaparición de su hija.

—Están aquí, ¿verdad? Han oído hablar de la señora que se

parece a mamá. La que vive aquí, en Hinchliff.

Tim levantó la mirada.

—¿Tú también lo sabes?

—Sí, lo sé. ¿Los abuelos están aquí?

Si así fuera, no se habrían puesto en contacto con él. Aunque le conocían de toda la vida, lo culpaban por la desaparición de su hija y habían dejado de hablarle cuando aceptó que Belinda podría haber muerto. Ellos jamás aceptarían eso. Se negaban a hacerlo y les parecía una traición por su parte. Cuando llamaban por teléfono a casa, preguntaban directamente por Tim o los demás niños.

De repente, Noah entendió la razón por la que Tim se mostraba tan alegre últimamente. Peter y Jan habían estado convenciéndolo de que una mujer solitaria que vivía cerca de Hinchliff podría ser su madre.

—Han venido en la caravana y están en un camping cerca de Ballina. Están buscando a mamá.

Noah dejó escapar un suspiro.

—No te lo había dicho, pero el informe sobre esa mujer fue lo que hizo que nos mudásemos aquí, hijo. La policía me mostró una fotografía... no te lo había contado porque no quería que te hicieras ilusiones, pero me habían hablado de ella. He estado buscándola desde que llegamos a Hinchliff —Noah vaciló un momento—. Hace un mes contraté a unas personas que se encargan de buscar a la gente que desaparece. Y están buscando a mamá.

Al oír eso, Tim le echó los brazos al cuello como sólo lo hacía cuando había tenido una pesadilla.

—Gracias, papá. Es que estaba tan asustado...

«Asustado de que tú hubieras olvidado a mamá».

No dijo esas palabras, pero quedaron suspendidas en el aire como un espectro. Como una mentira. Porque Noah sabía que aunque la mujer hubiera sido Belinda habría dado igual. Habría intentado ayudarla, pero en su corazón ya no quedaba nada más que los recuerdos. Un mes antes había contratado a un detective privado en un último esfuerzo por agarrarse a unas promesas de matrimonio ya olvidadas. Los papeles del divorcio que su abogado había redactado estaban en su estudio. Se sentía culpable y avergonzado, pero a la vez libre. Libre por primera vez en tres años. Dando por terminado un capítulo de su vida que parecía interminable.

Pero gracias al deseo de Jan y Peter de seguir creyendo que su hija estaba viva, el sufrimiento de Tim no terminaría nunca...

¿Era por eso por lo que veía miedo en los ojos de Cilla? ¿La razón por la que se escondía de él hasta que conocieron a Jennifer? ¿Qué habían estado contándoles a sus hijos los padres de Belinda?

Aparentemente, aquél era un día de muchas sorpresas. Y ese momento era fundamental para Tim.

No tenía alternativa.

—Sé que tus abuelos quieren creer que mamá está viva, cariño, pero la semana pasada esa persona a la que contraté se puso en contacto conmigo. ¿Te acuerdas de la carta que llegó hace unos días?

—Sí —murmuró el niño.

—Pues en esa carta me confirmaban que la señora a la que habían visto por aquí no era mamá. Se llama Sandra Langtry y tiene cuatro hijos. Aunque se parece un poco a mamá, no es ella.

Tim lo miró a los ojos un momento y luego todo su cuerpo empezó a sacudirse. Llorando, se apartó de su padre y corrió hacia la bicicleta.

Y, por una vez, Noah no intentó retenerlo. Cuando desaparecía por la carretera, una manita tomó la suya.

—¿Nos subimos al coche, papá? —preguntó Rowdy—. Tenemos que ir a buscar a Timmy.

Noah miró a su hijo pequeño y se le hizo un nudo en la garganta. Pero Tim tenía que aceptar la realidad. No podía seguir viviendo en el mundo de fantasía que sus abuelos habían creado para él.

Era el momento de seguir adelante. Observó a su hijo girar a la izquierda, hacia la costa, hacia su casa, y suspiró, aliviado.

—Sí, vamos al coche, niños. Pero Timmy necesita estar solo un rato.

Un riesgo que no habría aceptado media hora antes. No podía detener a su hijo; su sueño se había roto en pedazos, su fe había desaparecido para siempre. Y él tendría que lidiar con las consecuencias.

—Siento mucho todo esto, Joe.

—No, no, hijo. No me pidas disculpas. Soy yo el que no había entendido... Pero habrá que llamar a Fred.

—Ya lo he llamado yo —intervino Jennifer, ofreciéndole el móvil—. Se te había caído.

—Gracias —murmuró Noah, tomando su mano—. Vamos a casa.

Había usado esa expresión de forma deliberada, como para comprobar cuál era su reacción. Aún no sabía muy bien lo que sentía por Jennifer March, pero era completamente diferente a lo que había sentido una vez por Belinda. Conocía cada rasgo de su cara, sabía lo que significaba cada gesto. Y, sobre todo, quería tenerla a su lado.

Pero ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Los niños tienen que ir a casa y tú necesitas estar solo un rato.

Aunque lo había dicho sonriendo, no podría mostrarse más distante. Podría haber estado hablando del tiempo. Y Noah se dio cuenta de que no había sabido llegar a su corazón.

Capítulo 9

VOLVIERON a casa en cuanto Noah recogió las pizzas que había pedido por teléfono.

Pero, en el camino, Jennifer se dio cuenta de que la capa de falsa serenidad con la que se había recubierto estaba empezando a resquebrajarse. ¿Por qué había tenido que besarla? Con ese beso había despertado su deseo y, con él, el dolor y la furia porque ese deseo no podía llegar a ningún sitio.

Pero pensar en ello no servía de nada. No, eso la llevaría al agujero en el que había vivido durante meses tras la muerte de su hijo. Aceptar la realidad y seguir adelante era la única opción.

—Lo siento, Jennifer —dijo Noah entonces—. Te he mentido sobre las razones por las que vine a vivir aquí y sobre mi trabajo. No iba a Brisbane por cuestiones profesionales, estaba buscando a Belinda.

—Lo has hecho por Tim. No te disculpes por poner a tu familia antes que nada. Yo habría hecho lo mismo.

—Gracias.

—¿Vamos a tu casa, Jenny? —le preguntó Rowdy, con la boca llena de pizza.

—No, esta noche no. Pero nos vemos mañana, ¿te parece? Tu papá tiene que irse a casa para hablar con Tim.

Rowdy asintió, con ese don que tenía para aceptar la vida como era, y siguió manchando de queso el asiento de seguridad.

Cilla estaba intentando darle un trozo de pizza a su nueva muñeca. Otro regalo. Regalos que, seguramente, Noah les habría hecho a menudo para compensarlos por mudarse a setecientos kilómetros de su casa para buscar a una mujer que no era su madre.

—¿Qué le habías comprado a Tim?

—Una bicicleta.

Ah, claro, una bicicleta. Tenía que ser así. Irónicamente, su tío Joe y ella parecían estar allí para arruinar la relación de Noah con su hijo.

—La guardaré hasta que se le rompa la que tiene. Lo llevaré a Lismore y le diré que puede elegir el regalo que quiera... dentro de un límite —sonrió Noah.

—No tienes que disimular conmigo —dijo Jennifer entonces—. Debes de estar furioso o al menos disgustado por la noticia de que esa mujer no era Belinda.

«Su mujer. Eso es, Jennifer, recuerda que Noah sigue casado».

—Me enteré hace una semana y no voy a fingir que no me dolió. Pero no como tú crees —contestó él, mientras detenía el coche

frente a la casa.

—¿Jen? ¿Eres tú?

Esa voz tan familiar hizo que Jennifer volviera la cabeza, perpleja. Como en un sueño, vio a un hombre alto acercarse a la puerta del coche...

—¿Mark? ¿Qué haces aquí?

El rostro de rasgos irlandeses, tan parecido al de Cody, se iluminó con una sonrisa irresistible.

—¿Dónde iba a estar el día de nuestro aniversario?

Mark abrió la puerta del coche y tiró de ella para estrecharla entre sus brazos.

Noah arrancó de nuevo y se dirigió a su casa. Se negaba a mirar por el espejo retrovisor mientras Jennifer abrazaba a un tipo que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba con otro hombre...

¿Qué era aquello, una broma, otra vuelta de tuerca? No sabía que Jennifer siguiera teniendo relación con su ex marido.

«Por eso estaba tan rara hoy. Porque era el día de su aniversario».

Pero le había preguntado a Mark qué estaba haciendo allí y parecía realmente sorprendida.

Ella no sabía que iba a aparecer.

¿Significaba eso...?

Las luces de su casa estaban encendidas y había una caravana aparcada enfrente. La caravana que Peter y Jan, los padres de Belinda, usaban para ir de un lado a otro cada vez que recibían una llamada de la policía diciendo que alguien creía haber visto a su hija.

De modo que Tim debía de haberlos llamado por teléfono. Pero no, aunque los hubiera llamado, Peter y Jan no podían haber llegado a casa antes que él...

¿Qué estaban haciendo allí?

Eran más de las once cuando por fin Noah vio a Jennifer dirigiéndose hacia él por el jardín.

Cómo había sabido que acudiría... no estaba seguro. No se habían visto allí desde la primera noche. Quizá era su loca esperanza. O un milagro. Pero lo único que sabía era que estaba allí.

Llevaba cuarenta y cinco minutos esperando, desde que Peter y Jan se fueron por fin.

—Esperaba que vinieras —dijo, ofreciéndole una copa de vino blanco.

—No estaba segura —suspiró ella, dejándose caer sobre la manta —. Llevo media hora discutiendo conmigo misma. No quería empeorar las cosas con Tim.

—Los padres de Belinda han estado aquí esta noche.

—¿Y cómo se han tomado la noticia?

—Mal, como siempre. Y ha sido peor que nunca. He tenido que pedirles que no llamen a Tim para decirle que su madre sigue viva, para decirle que la culpa de todo la tengo yo. Les han dicho a los niños que yo no trataba bien a Belinda...

—Qué horror.

—En su esfuerzo por mantener vivo el recuerdo de su hija les han hecho mucho daño a los niños.

—Noah... ahora entiendo que Tim estuviera intentando castigarte.

—Y que Cilla tuviese miedo de mí. Yo no entendía por qué —suspiró Noah—. Están tan desesperados que no saben controlarse. Han montado una bronca delante de los niños... Tim les contó que yo había contratado a un detective y se han atrevido a echarme en cara que no lo hiciera antes, pero...

Noah no terminó la frase. Había una línea entre la confianza y la traición. No podía contarle a Jennifer que Belinda lo había dejado cargado de deudas.

Se lo había dicho así a los padres de su ex mujer, pero no sirvió de nada. No le creyeron cuando les dijo que no tenía dinero para pagar a un detective hasta unos meses antes. Se agarraban a la imagen de hija perfecta que tenían de ella y a su odio hacia Noah como si fuera un salvavidas.

Y quizá lo era.

—La gente cree lo que quiere creer, por mucho que les pongas delante la verdad. O quizá la verdad de cada uno es diferente.

—Quieren llevarse a los niños de vacaciones durante una semana...

—¿Y has dicho que sí?

—Se han quedado desolados al saber que esa mujer no era Belinda... igual que Tim. Todos necesitan descansar, divertirse un poco. Sí, les he dicho que sí. Se marchan mañana. Siento no haber podido avisarte con antelación.

—No te preocupes por mí. No pasa nada.

—Sí pasa —replicó él—. No es justo que me hagan sentir culpable, pero no puedo hacer nada.

—Porque creen lo que necesitan creer. Mira Mark... se marchó hace tres años y aparece ahora como si no hubiera pasado nada. Como no he vuelto a casarme, cree que sigo enamorada de él.

—¿Y es así?

Jennifer lo miró, ladeando la cabeza.

—Si no sabes la respuesta a esa pregunta, es que eres ciego.

—Los sentimientos pueden renacer cuando ves a la persona a la que quisiste una vez.

—¿Eso es lo que crees? Bueno, claro, tú te mudaste a Hinchliff para estar cerca de esa mujer…

—Para encontrarla —la corrigió Noah—. Y lo hice por desesperación. Mis suegros me estaban destrozando la vida. Y luego te vi e incluso a distancia supe que estaba metido en un buen lío.

—Yo nunca he sido el tipo de mujer que «mete en líos» a los hombres —sonrió Jennifer, mordiéndose los labios con gesto seductor.

—¿No? Será porque no has querido —murmuró Noah, acercándose un poco más.

—No puedo hacer esto si sigues casado en tu corazón.

—No —contestó él, sacando unos papeles del bolsillo—. Conocerte me ha hecho reconocer la verdad. No puedo agarrarme a un recuerdo para siempre. Una parte de mí querrá siempre a Belinda, pero ella se ha ido. No puedo seguir viviendo media vida sólo porque mis suegros y uno de mis hijos se niegan a aceptar la realidad. Vivir una mentira no sirve de nada. No la devuelve a la vida.

—¿Qué son esos papeles?

—Voy a pedir el divorcio.

Jennifer lo miró, perpleja.

—Por eso trajiste regalos para los niños. Porque te sentías culpable.

—Sí, por eso. Pero no hay un calendario para nosotros, Jennifer. Está pasando, hagamos lo que hagamos. Podemos ignorarlo y lamentarlo después o hacer lo que los dos queremos y aceptar las consecuencias.

Ella lo miró con anhelo en sus ojos brillantes. Y Noah nunca se había sentido más fuerte, más contento de ser el hombre de su vida. Al menos, en aquel momento de su vida.

—Yo quiero aceptar las consecuencias —siguió—. Te deseo tanto…

—Noah —a Jennifer se le quebró la voz y cerró los ojos mientras se inclinaba hacia él—. No me hagas esperar más.

Jennifer lo había esperado. Aunque lo había sabido desde la primera noche, esas palabras serían un tesoro para él hasta el día de su muerte.

Tiernos y un poco torpes en su primer beso, se dieron un golpe en la nariz y rieron después, nerviosos.

—Ven aquí —murmuró Noah, enredando los dedos en su pelo.

Sabía que aquél iba a ser el beso de su vida.

Apretándola contra su pecho, buscó su boca, esperando, adorando el gemido impaciente que escapaba de los labios de Jennifer.

—Noah...

La besó, tierno y hambriento a la vez. Y sintió que su alma se limpiaba de todo el dolor de aquellos años, que el deseo compartido lo hacía olvidar por fin.

La generosa respuesta de Jennifer lo llenó de dulzura y de urgencia. Ella lo besaba suavemente, pero cuando el beso se hizo más apasionado, no se apartó; enredando los dedos en su pelo, se apretó contra él como si necesitara su calor. Los suaves suspiros que salían de sus labios eran una silenciosa súplica.

—Noah... Noah... —murmuraba, metiendo las manos bajo su camisa.

Cuando decía su nombre así, decía mucho más que eso y el poco control que Noah ejercía sobre sí mismo en aquel momento desapareció. La devoró como un hombre hambriento y ella lo siguió todo el camino, gimiendo y arqueándose hacia él con la pasión que había visto en sus sueños.

En su limitada experiencia, los hombres querían tocar y acariciar íntimamente mucho más que las mujeres. Pero la pasión de Jennifer igualaba la suya. Sus caricias lo volvían loco, el roce de su lengua lo hacía perder la cabeza con el deseo de tenerla.

—He tenido que echarle de casa...

—¿Qué?

—Mark me tocó, me besó... y yo sólo quería que se fuera —mientras hablaba, Jennifer lo besaba en la cara, en el cuello—. No eras tú, Noah, no eras tú.

—¿Le has hablado de nosotros?

—No, ¿qué iba a decirle? No había mucho que contar.

—Pero ahora sí lo hay. ¿Sigue en el pueblo?

—Dijo que se quedaría unos días... por si cambiaba de opinión.

Otra ironía. Él llevaba tres años buscando a su mujer. El ex marido de Jennifer volvía, pero ella no quería saber nada.

—Cuando vuelva, háblale de nosotros.

—¿Y qué debo decirle? ¿Que no podemos dejar de tocarnos aunque sabemos que no hay futuro para nosotros?

—¿Eso es lo que crees? ¿Que es esto y nada más? —replicó Noah, sorprendido—. Yo no te utilizaría después de lo bien que te has portado con mis hijos.

—¿He dicho que estuvieras utilizándome? Soy yo quien se está portando como una tonta. Tengo mis razones para no hacer esto y, sin embargo, aquí estoy.

«Esto», había dicho. «Esto», como si los besos y las caricias que habían compartido fueran una enfermedad contagiosa.

—¿Y por qué has venido esta noche?

—Tú sabes por qué. No voy a mentir por orgullo. Estoy aquí porque no podía pensar en otra cosa después del beso de esta tarde. Pero no hay futuro para nosotros. Tú no estás divorciado todavía, no eres viudo... Y yo...

—Te he enseñado los papeles. Estaré divorciado en dos o tres meses. No te estoy utilizando, Jennifer. Te quiero en mi vida, no sólo en mi cama. Te quiero a ti, no quiero otro hijo.

—Pero yo sí, Noah.

—¿Estás diciendo que no soy suficiente para ti? ¿Que mis hijos no son suficiente?

—No lo entiendes. Soy yo. No es sólo un deseo frívolo... es una parte profunda de mí que no puedo cambiar. No puedo enamorarme de ti... al final, sólo te haría la vida imposible. Tus hijos se merecen algo más que lo que yo puedo ofrecerles. Tú te mereces algo más que una mujer que no puede tener hijos pero siempre querrá tenerlos —suspirando, Jennifer se puso en pie—. Lo siento, Noah. No debería haber venido. Podemos hacerle daño a demasiada gente.

—¿Por qué?

—Aunque quisieras algo serio conmigo, no va a pasar. Yo no voy a dejar que pase.

Noah la vio alejarse hacia su casa, con paso decidido. Lo había dicho en serio.

Capítulo 10

J ENNIFER supo que ocurría algo cuando Noah apareció solo en la puerta de su casa a la mañana siguiente.

—¿Dónde están los niños?

—Con sus abuelos. Te lo dije anoche —contestó él, sin mirarla —. Perdona, voy a empezar a poner el suelo del porche, así que tengo que colocar barreras para que no pasen los otros niños.

—¿Y no me has traído a tus hijos para que les dijera adiós?

—Mis hijos necesitan escapar de aquí durante un tiempo.

—Comprendo —murmuró ella—. Pero los echaré de menos.

—Cuando vuelvan a casa contrataré a una persona que cuide de los pequeños —dijo Noah entonces, su voz sonó tan dura como la madera que estaba usando para la barandilla.

—¿Te importaría decirme por qué?

—Sé que debo darte las gracias por lo bien que te has portado con ellos... pero no puedo dejar que les hagas daño.

—¿Yo? ¿Cómo iba a hacerles daño?

—Te quieren mucho, Jennifer —respondió Noah—. Cilla y Rowdy te ven como a una madre. Incluso Tim te adora, a pesar de todo. Pero tú has dicho que no puedes quererlos como se merecen...

—Yo no...

—Mira, Jennifer, ya han perdido a su madre y no quiero que se encariñen contigo más de lo necesario. No quiero que sufran otra vez. Y ahora, si me perdonas, tengo que trabajar.

Jennifer se quedó mirándolo, atónita, hasta que llegaron los otros niños. Niños a los que quería, pero que eran sólo un trabajo para ella. Y se sintió perdida. Sintió un vacío en el corazón tan profundo que no podía hablar.

El pobre y dolido Tim, la adorable Cilla, el maravilloso Rowdy. Y Noah...

Había tomado una decisión. La mejor decisión para todos. Pero no había contado con perderlos tan pronto. Y sintió como si hubiera perdido a su familia por segunda vez.

Las luces seguían encendidas en casa de Jennifer.

—Noah estaba sentado en el porche de su casa, pensativo. Perdido sin los niños, más solo que nunca, observaba la casa de Jennifer odiándose a sí mismo. Había hecho lo que debía, pero se sentía como un canalla por hacerle daño.

Los remordimientos no servían de nada. La decisión de Jennifer no le había dejado otra alternativa. Tenía que alejar a sus hijos de ella para que no se encariñasen más de lo que ya lo estaban.

Sin embargo, él quería a Jennifer. La quería con toda su alma. Y ella no lo quería a su lado. Quería ofrecerle el resto de su vida y ella lo rechazaba.

¿Por qué?

«Porque tiene miedo».

Ese pensamiento se formó en su cabeza sin que se diera cuenta. Pero era cierto. Jennifer tenía miedo de volver a sufrir. Había sido madre una vez y, aunque creyese haber superado la muerte de su hijo, aún no lo había hecho. Tenía que demostrarle... tenía que abrir su corazón a nuevas posibilidades...

Tenía que ayudarla a ser feliz de nuevo.

Convencido, Noah estaba en la puerta de su casa en menos de un minuto. Una suave balada de Elvis sonaba en el estéreo y había velas encendidas en el salón, como si esperase a un amante. Pero a través de la mosquitera de la puerta podía verla inclinada sobre el fregadero... Estaba llorando. Llorando como si le hubieran arrancado el corazón del pecho.

—¡Jennifer!

Noah entró en la cocina sin esperar a ser invitado y la tomó entre sus brazos.

—Jennifer, no llores, cariño. No llores.

—Noah…

—Lo sé, cielo, lo sé —murmuró él, tomando su cara entre las manos—. Estoy aquí, contigo.

Ella le echó los brazos al cuello y lo besó, unos besos profundos que parecían durar para siempre, prometerle un futuro, prometérselo todo.

Nunca le había parecido tan bella como en aquel momento. Noah sabía lo que significaba para Jennifer. No podía ocultarlo, ya no, vulnerable como era por miedo a perderlo... a él, no sólo a los niños. Si no estaba enamorada de él, había recorrido medio camino.

Pero el amor no era el problema y Noah lo sabía.

No era momento de retomar el tema ni de intentar convencerla con palabras, pero podía consolarla de alguna forma.

—He enviado los papeles a mi abogado esta mañana. Sé que ése no es el problema y no creo que podamos ver el asunto con claridad hasta que hayamos estado solos un tiempo. Desde que nos conocimos no hemos tenido más que problemas que solucionar y... el pasado nos ha afectado demasiado a los dos.

—Lo sé —susurró ella, apretándose contra su torso—. Es horrible.

—Para mí también... pero por ahora estamos tú y yo solos y tenemos una semana. Vamos a disfrutar de ese tiempo, Jennifer. Sin promesas, sin discusiones, sólo tú y yo haciendo lo que queramos.

—Noah…

—No, aún no haremos el amor. Quiero llevarte a cenar, a dar una vuelta en moto... hace siglos que no saco la moto.

—No sabía que tuvieras una.

—Con dos cascos. ¿Te dan miedo las motos?

—Nunca he montado en una, pero me gustaría probar.

—Ven conmigo mañana —sonrió Noah—. Iremos al Parque Nacional después del trabajo... no, mañana es viernes, así que no tienes niños. ¿Por qué no pasamos todo el día juntos? ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien. Quiero estar contigo sin pensar en nada... hasta que vuelvan los niños.

—Entonces vendré a buscarte a las diez. ¿De acuerdo?

Si se quedaba más tiempo terminarían en la cama. Noah sabía que podría hacer que Jennifer lo desease tanto como él, pero si le hacía el amor querría cosas que ella no estaba dispuesta a darle. Todavía. Tendría que esperar, como los novios antiguos durante el cortejo. Y, con un poco de suerte, le haría ver que estaban hechos el uno para el otro, que sería fácil apartar los obstáculos que ella creía ver en su camino.

—Eres demasiado peligrosa para mí —murmuró, dándole un último beso—. Será mejor que me vaya.

—No tienes que irte.

—Tenemos una semana, Jennifer. Estoy intentando hacer las cosas bien.

—Al menos una cita antes de...

—No lo digas, por favor. Estoy a punto de perder la cabeza.

—Me alegro de no ser la única. Estoy empezando a creer que nunca podré pensar en nada que no seas tú.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, Noah.

Mientras lo veía desaparecer hacia su casa, Jennifer se llevó una mano al corazón.

Por Noah, y por los niños, podría tenerlo una semana. Haría el amor con él y luego lo dejaría ir. Para siempre.

Noah apareció en la puerta de su casa a las diez en punto, con dos cascos en la mano.

—¿Lista?

—Claro que sí. ¿Dónde vamos?

—Ya lo verás —contestó él, haciéndole un guiño—. Pero vas a tener frío con esa camisa —añadió, ofreciéndole una cazadora de cuero—. Es de mi época de la universidad. Venga, sube. Y agárrate fuerte.

—No pienso soltarte —se rió Jennifer.

Volaron por la autopista hasta que los arbustos que la flanqueaban se convirtieron en arena, con la playa a un lado y las colinas al otro. Luego Noah tomó una carretera secundaria bordeada de árboles altísimos.

En los dos años que llevaba en Hinchliff, Jennifer nunca había ido por allí.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo verás.

Ella sonrió. Se sentía joven otra vez. Se sentía feliz.

Cuando llegaron a un valle entre las colinas, Noah detuvo la moto.

—¿Cómo se llama este sitio?

—¿Te gusta?

—Es precioso —contestó Jennifer, admirando aquel pueblo lleno de casitas y tiendas de aspecto muy antiguo, construidas en madera oscura. Parecía de otro siglo—. ¿Dónde estamos?

—En Lindenbrook. Es un pueblo declarado parte del Patrimonio Nacional. Lo construyeron en 1902.

—Es una maravilla. ¿Cómo lo has encontrado?

—Soy muy listo.

—¡Mira, Noah, hay una tienda de colchas de retales!

—Ajá, sabía que eso sería lo primero que verías. Tienen telas de todo tipo. Estuve a punto de comprarte algunas la última vez que vine, pero la dueña de la tienda me convenció de que lo mejor era que vinieras tú misma.

—Ah, qué bien. Me encanta.

Pasearon por el pueblo de la mano, como dos novios, y luego tomaron chocolate caliente en una terraza, besándose de tanto en tanto, hablando de sus vidas, de sus ambiciones, de los progresos del porche… quizá para tapar el silencio. Jennifer le confesó su fascinación por las películas de Jackie Chan y que le gustaban las novelas románticas. Él, que leía biografías y novelas de ciencia ficción.

—¿Quieres pedir algo más, otro chocolate? ¿O quieres que comamos ya? Dicen que las pizzas de aquí son buenísimas.

—Ah, estupendo.

—Tardan veinte minutos en hacer una. Si quieres, mientras esperamos podemos ir a ver la tienda de retales.

Jennifer se levantó antes de que terminara la frase.

El local tenía el olor y el ambiente de las tiendecitas antiguas. Y había de todo: telas de seda, de hilo, de algodón, de pana, de terciopelo, hilos, botones, agujas… Compró varias cosas y cuando iba a pagar a la caja vio que Noah tenía en las manos lo que ella

siempre perdía: un dedal.

—Pago yo.

—No puedo dejar…

—Hoy pago yo —insistió él.

Y Jennifer decidió no discutir. Le gustaba sentirse tan querida. Pero cuando salieron de la tienda para volver al café, recordó que quería decirle algo:

—Mandé a Mark de vuelta a Newcastle ayer.

—¿Le hablaste de mí?

—Le conté que había un hombre muy testarudo en la casa de al lado, con tres niños maravillosos, de modo que no podía volver con él —Jennifer se encogió de hombros—. Aunque no creo que Mark estuviera interesado en algo serio. Tengo la impresión de que está sin novia en este momento y quería probar suerte. Hasta que le dieran ganas de marcharse otra vez, claro.

—Ya —murmuró Noah—. Me alegro de que lo mandases a la porra. Pero quiero saber una cosa.

—¿Qué?

—Dime qué te dijo ese hombre para que estés tan convencida de que no serías suficiente para mí y para mis hijos.

Capítulo 11

JENNIFER lo miró, sorprendida.

—Pensé que íbamos a disfrutar de esta semana sin pensar en nada más, pero ya estás hablando de algo que sabes que es imposible...

La camarera llegó entonces con la pizza.

—Ah, gracias.

—Que la disfruten.

Siguieron charlando, pero sin la calidez y la conexión de antes. Y Jennifer lo lamentó. Noah le había prometido una semana...

—Dímelo, Jennifer. Dime qué te dijo. Tiene que ser algo muy importante si estás dispuesta a renunciar a la posibilidad de ser feliz.

—No fue Mark. Nunca ha sido Mark —suspiró ella—. Él no quería tener hijos. Nunca estuvo interesado en eso. La razón por la que me dejó es que siempre ponía a Cody por delante de él y no podía entender que el niño estuviera enfermo —Jennifer colocó un trozo de pizza en su plato—. Intentó volver conmigo tras la muerte de Cody, pero yo no quería saber nada de él. ¡Mark se alegraba de que no pudiéramos tener más hijos!

—No lo desprecies por esconderse de la realidad, Jennifer. O por no conocerte. Seguramente te querría a su manera... pero no era lo suficientemente maduro como para enfrentarse a la enfermedad de tu hijo.

—Eres muy generoso. ¿Te escapaste tú de Belinda a pesar de su enfermedad? No puedo creer que tú pudieras abandonar a tus hijos.

—Gracias por creer en mí —sonrió Noah—. Pero hay muchas maneras de abandonar a alguien, aunque no lo hagas físicamente. Yo me hice mayor al quedarme solo con los niños... y con una montaña de deudas a las que no sabía cómo hacer frente. Fue entonces cuando me di cuenta de que, aunque siempre había querido a Belinda, lo que amaba era la visión que tenía de ella cuando éramos adolescentes. No quise enfrentarme a su depresión porque no era como yo quería que fuese, así que escondí la cabeza en la arena.

—¿Por eso no te has divorciado de ella hasta ahora?

Noah se encogió de hombros.

—Las cosas empezaron a ir mal cuando se quedó embarazada de Rowdy. No quería tener otro hijo tan pronto después de Cilla y cuando mencionó el aborto yo me lo tomé como algo personal en lugar de verlo como un grito de ayuda. Belinda era una madre maravillosa y yo no me di cuenta de que no podía cuidar de tres

niños tan pequeños. Ella estaba siempre pendiente de nuestros hijos mientras yo trabajaba fuera de casa. Pensé que era así como tenían que ser las cosas… no quise darme cuenta de su depresión porque no me convenía.

—¿Es por eso por lo que tus suegros te culpan de su desaparición?

—Belinda llamaba a su madre todos los días y llevaba a los niños a su casa tres veces por semana. Seguramente ellos sabían mucho más sobre lo que estaba pasando que yo. Porque no quise escucharla.

—¿Por qué me cuentas todo eso ahora? —preguntó Jennifer.

—Para que sepas la verdad —contestó Noah—. No soy ningún regalo del cielo. Y cometeré más errores, seguro. Ya lo has visto. Sin ti no sé lo que habría hecho. Pero ésa no es la razón por la que creo que hay una oportunidad para los dos. Quiero casarme contigo, Jennifer. No por los niños, no porque yo te necesite sino… para que seamos felices. Quiero que tú también quieras pasar el resto de tu vida conmigo. Que me quieras tanto como yo a ti.

Los ojos de Jennifer se llenaron de lágrimas; apenas podía respirar. El sueño y la pesadilla se mezclaban y la tentación y el miedo se clavaban en su corazón.

—No puedo… lo siento, pero no puedo.

Noah no pareció sentirse insultado o herido por su respuesta.

—Ha sido un poco repentino, ¿no? Iba a pedírtelo al final de la semana.

—Mi respuesta será la misma entonces, Noah.

—¿Estás diciendo que no me quieres? Yo creo que sí, Jennifer. Creo que tienes miedo de analizar tus sentimientos porque podría hacerte demasiado daño.

—Te dije que no volvería a casarme otra vez —murmuró ella, intentando contener su emoción.

—Dijiste que no volverías a casarte por los niños. Que no podrías casarte por amor porque si lo hacías querrías tener un hijo con ese hombre. ¿Quieres tener un hijo conmigo, Jennifer?

«¡Sí, sí, más que nada en el mundo!».

Lo amaba. Amaba a Noah más de lo que hubiera podido imaginar. Y adoraba a sus hijos. Los quería casi tanto como había querido a su Cody…

¿Podría funcionar? ¿Podría convertirse en la madre de Tim, Cilla y Rowdy y no desear tener hijos propios? ¿O les haría daño a todos con lo que no podía cambiar?

¿Cómo iba casi a ser suficiente? Aquella familia se merecía algo más.

—¿Jennifer? No es tan imposible como crees. Podemos hacer

que funcione. Piénsalo. ¿El amor no es suficiente? Yo sé que me quieres y sé que quieres a los niños.

Pero no había nada que pensar. Sí, quería a los niños y quería a su padre, pero no tanto como se merecían... Tim, Cilla y Rowdy se merecían una madre, no una mujer que les diera un amor de segunda mano, que los convirtiera en sustitutos de sus propios hijos.

Noah iba a decir algo, pero en ese momento sonó su móvil y Jennifer vio que se ponía pálido.

—¿Fred? ¿Qué pasa, les ha ocurrido algo a mis hijos...?

Ella se llevó una mano al corazón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó unos segundos después, cuando Noah cerró el teléfono—. ¿Qué ocurre?

—Han encontrado a Belinda.

El viaje de vuelta a casa lo hicieron en completo silencio.

Noah se sentía físicamente enfermo. No sabía qué decir, qué pensar. Fred le había dicho que la identificación era positiva:

—Han encontrado a tu mujer. No puedo decirte nada más por teléfono. Se supone que no debería haberte dicho nada, pero quería que estuvieras preparado. La gente de Sidney está aquí, pero les he convencido para que me dejasen hablar antes contigo. Te espero en tu casa para darte los detalles.

Habían encontrado a su mujer.

Las palabras que llevaba tres años esperando escuchar... llegaban el mismo día que le pedía a Jennifer que se casara con él. Otra ironía.

Debería sentirse feliz por sus hijos, por Peter y Jan. Pero aunque él seguía sintiendo afecto por Belinda, el matrimonio estaba roto para siempre. Ya no era el mismo crío inmaduro que había sido tres años antes. Había crecido y su corazón había crecido con él... y se lo había entregado a Jennifer March.

Pero si Belinda estaba viva y quería retomar su relación, sabía que Jennifer desaparecería discretamente de su vida.

Sin embargo, él estaba seguro de que Belinda había muerto. Si sabía algo sobre su ex mujer era que jamás habría abandonado a sus hijos por voluntad propia.

Y tampoco lo habría dejado a él.

Cuando llegaron a casa, Jennifer se bajó de la moto absolutamente pálida.

—Jennifer...

—Fred te está esperando.

—Ven conmigo, por favor. Te necesito.

Ella asintió con la cabeza.

Fred, que los esperaba en la puerta, estaba muy serio y Noah

supo enseguida lo que iba a decirle.

—Está muerta, ¿verdad?

No lo había dicho con emoción pero, de repente, al decir esas palabras en voz alta algo se rompió dentro de él.

—Vamos dentro, Noah.

Jennifer los siguió sin decir nada. Parecía flotar, como un bote dejado a la deriva. No quería estar allí, pero sabía que él la necesitaba.

Fred empezó a frotarse las manos, nervioso.

—Sí, está muerta. La encontraron hace un par de semanas, pero tuvieron que hacer pruebas de ADN para estar seguros del todo.

Noah agachó la cabeza.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó, casi sin voz.

—La persona que... la mató envió una carta anónima al departamento de policía.

—Dios mío. Asesinada... Belinda fue...

—Según la carta fue un accidente. Un hombre la atropelló con el coche y, temiendo acabar en la cárcel, enterró el cuerpo. Quizá algún día quiera confesar y aparezca en alguna comisaría. Nunca se sabe. Pero debe de tener algo de conciencia para haber enviado esa carta diciendo dónde estaba enterrada.

Tantos años culpándola, tantos años resintiendo aquel abandono... y la pobre Belinda había muerto. Noah sentía como si un puño le estuviera apretando el corazón. ¿Cómo iba a decírselo a sus hijos?

—La encontraron en un bosque al sur de Dural. Llevaba la alianza y los análisis dentales han confirmado que es tu mujer.

—Dural…

—Según los informes, murió el mismo día que se marchó de casa —dijo Fred—. No sabemos qué hacía en esa carretera, quizá se despistó... pero según los forenses murió instantáneamente, sin dolor.

Noah hizo una mueca.

—Gracias, Fred. Gracias por todo. Ahora, si me perdonas, tengo que hacer algunas llamadas.

—Los de Personas Desaparecidas ya se han puesto en contacto con tus suegros para decirles que tienen información sobre el paradero de Belinda. Vienen hacia aquí con los niños. ¿Quieres que me quede?

Noah negó con la cabeza. Aún tenía que acostumbrarse a la idea de que Belinda había muerto en un estúpido accidente, pero sus suegros ya iban hacia allí, en su estúpida caravana que era para ellos como el Santo Grial. No tardarían más de una hora en llegar.

—No, gracias. Si tienen alguna duda, supongo que llamaran al

Departamento de Personas Desaparecidas.

Y lo harían. Noah estaba seguro.

—Lo siento mucho. Por ti y por los niños. Sé que estabais esperando… —Fred no terminó la frase—. Adiós, Jennifer.

Una situación extraña para todos. Pero por fin había conocido el paradero de Belinda. Y ahora tenía que decírselo a sus hijos, a Peter, a Jan…

Cuando el coche de policía desapareció al final del camino, el silencio descendió sobre la casa. Tenía que pensar, y rápido, porque los niños estaban a punto de llegar y él tenía que decidir lo que iba a decirles y cómo.

Capítulo 12

—¿QUIERES que me vaya? —preguntó Jennifer.

—No, por favor.

—¿Estás seguro? Van a venir tus suegros y...

—No, no te vayas. Te necesito.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo estás?

—No lo sé. No lo sé —musitó Noah, tapándose la cara con las manos—. Y no sé cómo voy a decírselo a mis hijos.

—No es fácil explicar algo así —murmuró ella, abrazándolo—. Es terrible, lo sé.

—No puedo sentir nada. Acabo de saber que mi mujer murió en un accidente hace tres años, que no nos abandonó, que todo el resentimiento por ella era un error. La pobre Belinda salió a dar un paseo y sufrió un estúpido accidente... ¿por qué estoy tan furioso con ella?

—Yo también estuve furiosa con Cody cuando murió. Quería que luchase, que se quedara conmigo un día más. Pero me miró y me dijo: «estoy cansado, mamá». Y luego dejó de respirar —a Jennifer se le quebró la voz—. Casi le odié por eso... a un niño enfermo, Noah.

—Belinda no debería haberse marchado. Con la depresión que tenía no debería haber salido sola de casa...

—Estás furioso porque... porque la sigues queriendo a pesar de todo.

—Amor o rabia, ya no lo sé. Lo único que sé es que tengo que explicarles esto a mis hijos. Tengo que explicárselo a Tim, que ha cumplido su promesa de esperarla durante tres largos años.

—Encontrarás las palabras, ya lo verás. Tim te quiere y confía en ti más de lo que crees.

Noah la miró entonces, con los ojos brillantes.

—No voy a dejar que te marches, Jennifer. No voy a dejarte...

En ese momento oyeron ruido de neumáticos sobre la gravilla del camino.

—Ya están aquí los niños. Tengo que irme.

—No te vayas. Sé que estás pensando en mis suegros y en Tim, pero Cilla y Rowdy se sentirán muy confusos... por favor, quédate.

—Muy bien, de acuerdo. Me quedaré hasta que se duerman los niños.

—Y después —dijo Noah entonces—. Peter y Jan no se quedarán a dormir aquí.

Antes de que Jennifer pudiera contestar, la puerta se abrió y Tim

corrió hacia su padre con una sonrisa en los labios.

—¡Papá, los abuelos dicen que han encontrado a mamá!

Noah se puso en cuclillas para abrazar a su hijo.

—Sí, cariño. Esta vez hay noticias sobre ella de verdad... y no son buenas noticias.

Al notar su grave tono de voz, Tim se apartó, muy pálido.

—No es verdad. Mamá sólo se ha ido por un tiempo.

—Cariño, la han encontrado. Mamá nunca se escapó de casa. Cuando salió aquel día... sufrió un accidente. Pero ya está en paz, cielo. Ya no está triste.

—¡No, no!

El grito llegó desde la puerta. Era Jan, su suegra, con una mano en el corazón.

—No puede ser. Mi niña, mi Linnie...

Peter estaba marcando un número en su móvil. El del Departamento de Personas Desaparecidas, sin duda.

—Es cierto, Peter. Fue un accidente... la atropellaron el mismo día que se fue de casa. Al hombre que la atropelló debía de remorderle la conciencia y envió una carta a la policía explicando... dónde estaba. La han encontrado.

Por alguna razón, la emoción lo ahogó en ese momento. Tres sencillas palabras habían cambiado toda su vida: «la han encontrado». A Belinda, la chica a la que había amado desde que era un crío. La madre de sus hijos.

Por fin, sus ojos se llenaron de lágrimas y Noah las dejó rodar por su rostro. Lágrimas que no había derramado desde el día que Belinda desapareció. Noah abrazó a su hijo y lloraron juntos mientras Peter le gritaba a alguien al teléfono y Jan sacudía la cabeza, negándose a creer...

Pero lo sabía, como lo sabía Noah. Belinda se había ido.

El sueño había terminado. Aunque se habían negado a creerlo, Noah suponía que, en el fondo, lo habían sabido siempre porque, como él, sabían que Belinda jamás habría abandonado a su familia. Estaba muerta. Su hija, su mujer, la madre de los niños... y todo por un estúpido accidente. Alguien que tenía demasiada prisa, que no miró la carretera... y, como resultado, dejó a una familia destrozada.

«No está destrozada. Tú la has mantenido unida. Los niños están bien gracias a ti».

En medio de un dolor insoportable, la voz de Belinda le llegó con tal claridad que Noah se sobresaltó.

«Has elegido bien. Es una mujer maravillosa. Será buena con los niños».

Noah no pudo evitar girar la cabeza. Él no creía en fantasmas,

pero… parecía la voz de su mujer. Le llegaba con la misma claridad que si estuviera en la habitación. Pero no podía ser.

Mientras tanto, Jennifer tenía en brazos a Cilla, con un dedo en la boca, y a Rowdy, que miraba de unos a otros sin entender nada.

Tim seguía golpeándolo en el pecho, roto de dolor.

—No te abandonó nunca, hijo. Te quería, nos quería a todos. No fue culpa suya…

—Tampoco fue culpa tuya, papá —murmuró el niño—. Papá, papá…

Noah tuvo que morderse los labios. Tim estaba pidiéndole disculpas por todos esos años… Al encontrar su cuerpo, Belinda estaba liberando al niño de su promesa de esperarla, una promesa que se había convertido en una carga insoportable para él.

Era como si los estuviera bendiciendo desde el cielo, ayudándolos a curar por fin.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —preguntó Jan entonces, señalando a Jennifer con un dedo acusador.

—Jen, mi mamá se ha muerto —dijo Tim entonces, con los ojos arrasados en lágrimas, corriendo hacia ella.

—Lo sé, cariño —murmuró Jennifer que, sin soltar a Cilla y a Rowdy, se inclinó para dejarse abrazar.

—¿Qué hace aquí? Ella no es de la familia —siguió protestando Jan.

—No, pero los niños la quieren mucho —contestó Noah.

—¡Acabas de descubrir que tu esposa está muerta!

—¿Cuántos años tengo que vivir sufriendo para demostrar que quise a Belinda? —le espetó Noah, airado—. Vosotros habéis estado a punto de destrozar la vida de mi hijo recordándole cada día su promesa de esperar a su madre, convenciéndolo de que estaba viva… Pero ya está bien. Se acabó. Tim quiere a Jennifer tanto como Cilla y Rowdy y no voy a dejar que hagáis más daño a mis hijos.

—Pero Belinda…

—Tim nunca la olvidará. Pero Belinda ya no está y estos niños necesitan una madre. Y yo necesito a Jennifer. La quiero y quiero casarme con ella.

Jan se puso a llorar y Peter lo miró, furioso, pero Noah estaba mirando a Jennifer.

—Olvidas fácilmente —dijo su suegro entonces—. Eso demuestra lo poco que mi hija significaba para ti.

—¡Ya está bien! He dejado que me amargaseis la vida durante años, pero se ha terminado —replicó Noah—. Todo se ha terminado. Para siempre. Lo siento, pero es así. Los dos necesitáis tiempo para llorar la muerte de Belinda, pero los niños y yo

tenemos que seguir adelante. Ya hemos sufrido demasiado.

Peter miró a su mujer.

—Vámonos de aquí.

—Dadles un beso a vuestros abuelos —dijo Noah, sin mirarlos.

Mientras los niños abrazaban a Peter y Jan, Noah se fijó en Jennifer, sentada en el sofá. No estaba mirándolo, no lo había mirado desde que dejó claras sus intenciones de casarse con ella.

No parecía una mujer enamorada. Todo lo contrario, daba la impresión de querer salir corriendo de allí.

Los niños se habían quedado dormidos por fin. Cilla y Rowdy fueron los primeros, pero Tim tardó horas en dejar de llorar. Al final, se durmió por agotamiento.

En el salón, Jennifer se estiró en el sofá.

También ella estaba agotada. Le dolían todos los huesos.

Noah llegó al salón unos minutos después y se sentó a su lado.

—No me has mirado a la cara desde que les dije a mis suegros que quería casarme contigo.

—Te dije que no quería casarme, Noah. Eso no ha cambiado. No cambiará nunca.

—Me dices que no porque quieres tener un hijo. Me quieres tanto como yo a ti, pero no puedes tener un hijo conmigo, de modo que los cinco tenemos que sufrir las consecuencias. Tú no consigues algo que quieres y todos perdemos la oportunidad de ser felices. ¿Es eso?

—Noah…

—¿Es eso, Jennifer? Fuiste tú la que dijo que la vida no era justa, que uno no conseguía todo lo que quería. Así que yo pierdo el amor de mi vida por un defecto genético y mis hijos se quedan sin una madre a la que adoran porque no son suficiente para ti.

—¡No es eso!

Era justo al contrario... ¿o no?

—Sí, parece que no conseguimos siempre lo que queremos — suspiró Noah—. Rechazarme no hará que tengas un hijo y, sin embargo, por alguna razón, pareces pensar que castigarnos a todos por tus sueños rotos es lo que necesitas.

—No es eso... no digas eso. Noah, por favor...

—Me quieres, pero eso no es suficiente. Quieres a mis hijos, pero eso tampoco es suficiente. Mis niños deberían llevar tu código genético para que los quisieras con todo tu corazón...

—¡Noah, por favor! Tus hijos me necesitaban más que los otros niños y yo sólo quería ayudar. Me veía a mí misma como una madre de transición, alguien que podía ayudarlos. Y luego, cuando encontrases a otra mujer, estarían preparados...

—Ah, qué noble por tu parte —la interrumpió él—. Pero supongo que te habrás dado cuenta de que eres muy importante para ellos. Y supongo que habrás pensado que no podían pasar de una mujer a otra como si esto fuera un juego. ¿Cuándo decidiste cerrar los ojos, Jennifer? ¿Cuándo decidiste que lo importante era jugar a las casitas con nosotros, sin pensar en el daño que les hacías a los niños?

Era como si estuviera poniendo un espejo delante de su cara y pudiera verse de verdad por primera vez desde la muerte de Cody. Sí, había jugado a las casitas con los Brannigan sin pensar en las consecuencias. Pero ella sólo quería ayudar, quería que no se sintieran solos...

Jennifer se levantó, pasándose una mano por el pelo, confusa.

—Noah...

—No vuelvas por aquí, Jennifer. No vuelvas a acercarte a mis hijos a menos que pienses quedarte. No juegues más con nosotros. Mis hijos no son muñecas.

Nunca lo había visto tan duro, tan inflexible. No habría más besos ni más copas de vino a la luz de la luna. No más sonrisas ni abrazos para llenar su vida. No habría Noah ni palabras de amor...

Se había terminado.

Intentando contener un gemido, Jennifer se dirigió a la puerta e incluso consiguió llegar a su casa antes de ponerse a vomitar.

Tres semanas después

—Papá, esa bandeja está muy caliente. Tienes que ponerte un guante de cocina.

—Ah, gracias —sonrió Noah, despistado.

El niño lo había estado vigilando como un halcón desde que volvieron del funeral de Belinda. No hablaba mucho, pero lo miraba como si intentase descifrar qué pasaba por su cabeza.

—Come, Tim.

—Y tú también. No has comido nada.

—Es que no tengo apetito.

—No tienes apetito desde que dejaste de hablarte con Jen —replicó el niño—. Si la quieres tanto, ¿por qué no vas a hablar con ella?

—¿Te importaría dejar de decirme lo que tengo que hacer? Eso no es asunto tuyo.

—¡Sí lo es! —gritó Tim—. ¡Ve a hablar con Jen, papá!

Rowdy se puso a llorar al oír el nombre de Jennifer y Cilla empezó a chuparse el dedo ansiosamente.

Había vuelto a fracasar, pensó Noah. No era capaz de formar un

hogar feliz por mucho que lo intentase.

—Déjalo, Tim. No te metas en cosas de adultos.

Luego se levantó de la mesa y salió a correr un rato. Corría alrededor de la casa para estar cerca si pasaba algo, pero corría y corría...

Y no servía de nada.

Cinco minutos después, Tim salió de la casa por la ventana de su habitación.

Noah estaba corriendo otra vez.

Jennifer cerró los ojos. Tenía que dejar de vigilar a los Brannigan desde la ventana o se volvería loca.

Pero un segundo después estaba mirando de nuevo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Entonces le pareció ver una figura diminuta corriendo por el jardín. ¿Era Tim? Jennifer cerró los ojos, rezando para que no estuviera huyendo de nuevo.

Y, aparentemente, su plegaria fue escuchada.

—¡Jen, Jen!

—¡Tim! ¿Qué haces aquí?

—¿Por qué ya no eres nuestra amiga? —le preguntó el niño—. ¿Ya no quieres... a Cilla y a Rowdy?

—Claro que sí. Os quiero a todos.

—¿Entonces por qué ya no somos amigos? ¿Por qué ya no cuidas de Cilla y de Rowdy?

Jennifer tragó saliva. Qué difícil era explicarle ciertas cosas a un niño.

—Cariño, son cosas de adultos...

—¿Y por qué mi padre se pone pálido cuando le decimos que queremos venir a verte? —siguió Tim, como si no la hubiera oído—. Está tan triste como mi madre antes de irse —las lágrimas empezaron a rodar por su rostro. Unas lágrimas que se clavaban en el corazón de Jennifer como espinas—. Tengo miedo, Jen. Y no sé qué hacer. Mi papá no come nada y sólo corre y corre todo el rato.

Jennifer lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Cariño, lo siento mucho... ¿de verdad está tan triste?

—Mucho. Te echa de menos. Ni siquiera quiere mirar hacia tu casa. ¿Por qué no vienes a vernos, Jen?

—Tim, tu padre quiere casarse conmigo, pero yo... yo pensé que no podía ser.

—¿Por qué? Yo puedo ser bueno, Jen. Te prometo que seré bueno.

—Oh, Tim... no es por ti —contestó ella, intentando controlar las lágrimas. Pobre niño, siempre sintiéndose responsable de todo—.

No eres tú, cariño. Tú eres un niño muy bueno. Pero es que…

—Sé que tú quieres a mi padre, Jen. Cuando le miras pones una cara… ¿por qué no te casas con él?

Jennifer vaciló.

—No eres tú o tu familia, soy yo. Tengo un problema… yo tuve un niño hace años, pero murió… como tu mamá. Estaba muy enfermo. Y ya no puedo tener más niños. Y eso me puso muy triste porque pensé que lo echaría de menos…

«Pero no tanto como os echo de menos a vosotros».

—¿Y Rowdy no podría ser tu niño? Es muy pequeño —dijo Tim entonces. Jennifer pensó que se le iba a partir el corazón—. Por favor, Jen Cilla no hace más que chuparse el dedo y Rowdy no deja de llorar. ¿Por qué no quieres ser nuestra… su madre? Si quieres más abrazos, yo te abrazaré. Si quieres tener dos niños, yo también puedo ser tu niño.

Qué coraje tenía aquel crío. Los niños siempre decían la verdad, pensó Jennifer. Y sí, ésa era la verdad. Estaba tan dispuesto a ser su hijo…

¿Cómo podía rechazarlo? ¿Cómo podía haber rechazado a aquellos niños tan generosos, tan llenos de amor? ¿Cómo podía haber estado tan ciega?

Había dos opciones: tener casi todo lo que había querido siempre o no tener nada. Y nada significaba el vacío. Sólo estando con Tim ya se sentía como una madre. Se sentía querida. Y sentía el deseo, la necesidad de dar amor.

—¿De verdad crees que tu papá me echa de menos?

—Sí, sí. Está tan triste… bueno, yo también estoy triste.

Jennifer lo abrazó con toda su alma.

—Eres el niño más bueno y más valiente del mundo. Y sería un honor para mí que fueras uno de mis hijos…

—¡Jen! —exclamó Tim, hundiendo la cara en su cuello.

—Pero ahora tienes que hacerme un favor. Vuelve a casa y haz todo lo que yo diga, ¿de acuerdo?

Epílogo

EL FUEGO de la chimenea había vuelto a apagarse.

Con un salvaje gruñido de impaciencia, Noah movió los troncos con el atizador y colocó unos papeles de periódico sobre las brasas. Luego dio un paso atrás y se quedó mirando el fuego con las manos en los bolsillos del pantalón.

¿Cómo una vida tan llena, con tan poco tiempo libre, podía parecer tan vacía?

Tres semanas. Muy poco tiempo, pero le parecía una eternidad. Tres semanas sin hablar con Jennifer.

Intentaba no mirar hacia su casa siquiera. Intentaba no pensar en ella, pero aparecía en su mente a cada momento. En sus sueños...

¿Qué estaba haciendo allí, solo, cuando el amor de su vida estaba a cincuenta metros de su casa? Sí, era cierto. Jennifer March era el amor de su vida.

Antes de pensarlo con detenimiento, Noah se dirigió a la puerta. Haría lo que tuviera que hacer para que Jennifer dijera que sí. Fuese lo que fuese.

—¡Papá, papá!

Noah se volvió de inmediato.

—No, Tim. Vuelve a la cama. Estás bien, los niños están bien, no pasa nada. Volveré en diez minutos.

—Pero es que tengo una sorpresa, papá. Una sorpresa que te hará muy feliz...

—Puede esperar —dijo él, cerrando la puerta.

—¿Dónde vas, papá? —gritó Tim.

—¡A buscar a Jennifer!

—¡Yupi! ¡Ve a buscarla, sí!

A pesar de su determinación, Noah no pudo evitar una sonrisa. Por fin su hijo se había dado cuenta de la falta que les hacía a todos.

—¡Jennifer! —gritó, desde el porche.

Un segundo después, ella apareció con los labios pintados y un cepillo en la mano.

—Noah, iba a...

Pero él no la dejó terminar la frase. La tomó entre sus brazos y la besó con toda su alma.

—Eres mía —le dijo—. Te quiero y tú me quieres a mí. No voy a rendirme por un sueño que no puedes tener. Vas a casarte conmigo, Jennifer March. Tú quieres a mis hijos y mis hijos te quieren a ti... tenemos que estar juntos, así que vas a casarte conmigo... No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando.

—Sí, Noah.

Él la miró, sorprendido.

—¿Eh?

—Sí, cariño. ¿Te importaría decirme cuándo tendrá lugar la boda? Porque tengo que avisar a mis padres y…

—¡Jennifer!

—Yo ya había tomado la decisión —sonrió ella—. Te quiero tanto… y te he echado tanto de menos. A ti y a los niños. A mis niños.

Noah tragó saliva.

—Pensé que me lo pondrías más difícil.

—No —sonrió Jennifer—. No puedo ponértelo difícil.

—¿Se puede saber por qué has cambiado de opinión? —preguntó Noah, sin dejar de besarla en el cuello, en los ojos, en la boca.

—Tienes un hijo mayor muy perspicaz, cielo. Me ha pedido en matrimonio, en tu nombre, hace diez minutos.

—¿Qué?

—Estaba preocupado por ti. Me dijo que estabas muy triste y que apenas comías, así que debería casarme contigo. Y me di cuenta de que tenía razón.

—¿Tim ha estado aquí? Ah, claro, por eso me ha dicho que tenía una sorpresa preparada… ¿Ibas a casa?

—Sí, señor Brannigan. Y, por cierto, ha criado usted a un niño maravilloso.

—Aún le queda mucho por crecer, futura señora Brannigan —se rió él.

—Jennifer Louisa Millicent Brannigan.

—¡Menudo nombre! Ven, vamos a casa a darles la noticia a mis hijos.

Pero cuando se dieron la vuelta, los tres niños estaban mirando la escena, en pijama.

—¡Jen, Jen!

Cilla, Rowdy y Tim corrieron a abrazarla y Jennifer tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a llorar como una loca.

—Vamos a tomar galletas con chocolate, ¿de acuerdo?

—¡Sí, sí!

—Id a la cocina y sentaos a la mesa. Vuestro padre y yo iremos enseguida.

—¡Vamos! —gritó Tim, el jefe de la pandilla.

Jennifer se volvió hacia Noah.

—Quiero que sepas… quiero mucho a los niños, pero no voy a casarme contigo sólo por ellos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —contestó él—. Sé que vas a casarte conmigo por mi

cuerpo.

—¡Noah Brannigan! —exclamó Jennifer, fingiéndose indignada —. Pero lo malo es que tienes razón. Estoy deseando verte desnudo —le dijo al oído—. Y pienso ser una esposa muy exigente.

—¿Los niños están esperando unas galletas con chocolate y tú me dices eso? ¿Quieres matarme o qué?

—Te compensaré —le prometió ella—. En cuanto estemos solos…

—¡Papá!

—¡Jen, las galletas!

—¡Las galletas, mamá!

Los gritos de los niños desde la cocina los obligaron a apartarse. Noah apoyó la cabeza en su frente, sabiendo que así sería su vida a partir de entonces.

—A ver quién llega antes —la retó, corriendo hacia sus hijos, hacia las galletas con chocolate, hacia el amor.

Hacia su hogar.

Fin.